

# LECCIONES DE LA VIDA DE **DANIEL**



Elena G. White

## Contenido

1. El Propósito de Dios con Respecto a Israel .....	3
2. Causas del Cautiverio Babilónico .....	6
3. Entrenamiento Temprano.....	10
4. Los principios de templanza de Daniel .....	13
5. Con Propósito Firme de Corazón .....	19
6. Una guerra contra la intemperancia .....	25
7. La recompensa de la templanza .....	28
8. A los que me honran, yo honraré .....	31
9. Éxito en la Educación .....	34
10. Seriedad de Propósito.....	37
11. La Visión de la Gran Imagen.....	41
12. El Deterioro Moral de la Nación.....	47
13. La obediencia, la condición del favor de Dios .....	50
14. La Verdadera Sabiduría .....	53
15. La palabra profética de Dios .....	56
16. Una perversión de la verdad.....	58
17. El Horno Ardiente.....	60
18. La Prueba del Sábado .....	67
19. El Poder y Esplendor de Babilonia .....	70
20. El segundo sueño de Nabucodonosor.....	73
21. La Humillación de Nabucodonosor.....	79
22. Autoexaltación.....	82
23. La Restauración de Nabucodonosor .....	85

## 1. El Propósito de Dios con Respecto a Israel

Todas las ventajas temporales y espirituales fueron dadas a la nación judía, el pueblo escogido del Señor. Dios mismo obró por ellos, multiplicándolos en Egipto, librándolos de la esclavitud y conduciéndolos a la tierra de Canaán, su herencia prometida.

A la nación judía le fueron confiados los oráculos de Dios, que debían ser como un muro de protección a su alrededor. Como su pueblo escogido, los israelitas debían mostrar a las naciones de la tierra que la ley del reino de Dios es santa, justa y buena. Por la obediencia a esta ley, debían ser puestos bajo el control de su Creador y Redentor, y hechos un pueblo puro y sabio, cuya alegría sería obrar con justicia, amar la misericordia y andar humildemente con su Dios.

Nunca debían los israelitas apartarse de la instrucción que Cristo les había dado desde la columna de nube. Dios declaró que si su pueblo viviera según los principios puros y desinteresados de su ley, y así cumpliera su propósito para ellos, Él los honraría ante todo el mundo. Dijo:

### **Deuteronomio 12**

«Observa y escucha todas estas palabras que yo te mando, para que te vaya bien a ti y a tus hijos después de ti para siempre, cuando hagas lo bueno y recto ante los ojos de Jehová tu Dios.» (Deuteronomio 12:28)

«Cuando Jehová tu Dios haya destruido delante de ti las naciones a las cuales tú vas para poseerlas, y las heredes y habites en su tierra,» (Deuteronomio 12:29)

«guárdate que no tropieces yendo en pos de ellas, después que hayan sido destruidas delante de ti; no inquieras acerca de sus dioses, diciendo: ¿Cómo servían aquellas naciones a sus dioses?...» (Deuteronomio 12:30)

«...porque aun a sus hijos y a sus hijas queman en el fuego a sus dioses.» (Deuteronomio 12:31)

«Cuidaréis de hacer todo lo que yo os mando; no añadirás a ello, ni de ello quitarás.» (Deuteronomio 12:32)

### **Levítico 20**

«Guardad, pues, todos mis estatutos y todas mis ordenanzas, y ponedlos por obra, no sea que la tierra, a la cual yo os llevo para que habitéis en ella, os vomite.» (Levítico 20:22)

«Y no andéis en las costumbres de la nación que yo eché de delante de vosotros; porque ellos hicieron todas estas cosas, y por eso los aborrecí.» (Levítico 20:23)

«Pero a vosotros os he dicho: Vosotros heredaréis la tierra de ellos, y yo os la daré para que la poseáis, tierra que fluye leche y miel. Yo soy Jehová vuestro Dios, que os he apartado de otros pueblos.» (Levítico 20:24)

Dios especificó también el resultado seguro de la desobediencia a sus mandamientos. Declaró:

### **Levítico 26**

«Si no me escucháis, y no hicieris todos estos mis mandamientos;» (Levítico 26:14)

«yo también haré esto con vosotros; yo os...» (Levítico 26:16)

«...pondré mi rostro contra vosotros, y seréis heridos delante de vuestros enemigos; y los que os aborrecen se enseñorearán de vosotros...» (Levítico 26:17)

«Haré desiertas vuestras ciudades, y asolaré vuestros santuarios, y no oleré la fragancia de vuestros suaves olores.» (Levítico 26:31)

«Asolaré la tierra, y se pasmarán de ella vuestros enemigos que en ella habitarán.» (Levítico 26:32)

«Y a vosotros os esparciré entre las naciones, y desenvainaré espada en pos de vosotros; y vuestra tierra será desolada, y desiertas vuestras ciudades.» (Levítico 26:33)

«Y pereceréis entre las naciones, y la tierra de vuestros enemigos os consumirá.» (Levítico 26:38)

Con estas solemnes advertencias que predecían los resultados de la desobediencia, se dieron palabras de aliento. Dios declaró que incluso si su pueblo dejara de cumplir su propósito, Él no los abandonaría por completo. Dijo:

### **Levítico 26**

«Si confesaren su iniquidad, y la iniquidad de sus padres, por su prevaricación con que prevaricaron contra mí; y también porque anduvieron conmigo en oposición,» (Levítico 26:40)

«y yo asimismo habré andado en oposición con ellos, y los habré metido en la tierra de sus enemigos; y si entonces se humillare su corazón incircunciso, y aceptaren el castigo de su iniquidad,» (Levítico 26:41)

«entonces yo me acordaré de mi pacto con Jacob, y asimismo de mi pacto con Isaac, y también de mi pacto con Abraham me acordaré; y me acordaré de la tierra.» (Levítico 26:42)

«...aun cuando estén en la tierra de sus enemigos, no los desecharé, ni los aborreceré para destruirlos del todo, e invalidar mi pacto con ellos; porque yo soy Jehová su Dios.» (Levítico 26:44)

«Antes me acordaré de ellos por el pacto de sus antepasados, a quienes saqué de la tierra de Egipto a vista de las naciones, para ser su Dios. Yo Jehová.» (Levítico 26:45)

Estas son algunas de las profecías concernientes a Israel. Las ventajas y privilegios especiales que el pueblo escogido de Dios disfrutó, hicieron su responsabilidad mayor que la de cualquier otro pueblo.

Mediante la santidad de vida, la lealtad inquebrantable, la fidelidad en el pago de los diezmos y las ofrendas, y un servicio alegre y dedicado, debían reconocer la soberanía de Dios y testificar de palabra y obra que fueron mejorados por los favores que les fueron concedidos.

Así debían ser una luz para las naciones circundantes, revelando a los pueblos idólatras al Dios verdadero y la gloria de su carácter.

## **2. Causas del Cautiverio Babilónico**

### **Daniel 1**

«En el tercer año del reinado de Joacim rey de Judá, vino Nabucodonosor rey de Babilonia a Jerusalén, y la sitió» (Daniel 1:1).

«Y el Señor entregó en sus manos a Joacim rey de Judá, con parte de los utensilios de la casa de Dios; los cuales llevó a la tierra de Sinar, a la casa de su dios, y puso los utensilios en la casa del tesoro de su dios» (Daniel 1:2).

También leemos de otras invasiones de los babilonios unos años después, la primera de las cuales fue en el reinado de Joaquín, hijo de Joacim:

### **2 Reyes 24**

«Nabucodonosor rey de Babilonia subió contra Jerusalén, y la ciudad fue sitiada» (2 Reyes 24:10).

«Y Nabucodonosor...» (2 Reyes 24:11).

«...se llevó a todo Jerusalén, y a todos los príncipes, y a todos los hombres valientes y poderosos, hasta diez mil cautivos, y a todos los artesanos y herreros; no quedó nadie, salvo la gente más pobre de la tierra» (2 Reyes 24:14).

«Y se llevó a Joaquín... cautivo de Jerusalén a Babilonia» (2 Reyes 24:15).

«El rey de Babilonia hizo rey en su lugar a Matanías, hermano de su padre, y cambió su nombre por el de Sedequías» (2 Reyes 24:17).

«Sedequías tenía veintiún años cuando comenzó a reinar, y reinó once años en Jerusalén...» (2 Reyes 24:18).

«E hizo lo que era malo a los ojos del Señor, conforme a todo lo que había hecho Joacim» (2 Reyes 24:19).

«Porque por la ira del Señor sucedió en Jerusalén y en Judá, hasta que los hubo echado de su presencia, que Sedequías se rebeló contra el rey de Babilonia» (2 Reyes 24:20).

### **2 Reyes 25**

«Y aconteció en el noveno año de su reinado... que vino Nabucodonosor rey de Babilonia, él y todo su ejército, contra Jerusalén, y acampó contra ella; y construyeron fortalezas contra ella alrededor» (2 Reyes 25:1).

«Y la ciudad fue sitiada hasta el undécimo año del rey Sedequías» (2 Reyes 25:2).

«Y la ciudad fue abierta en brecha, y todos los hombres de guerra huyeron de noche... y el rey tomó el camino hacia la llanura» (2 Reyes 25:4).

«Y el ejército de los caldeos persiguió al rey, y lo alcanzó en los llanos de Jericó; y todo su ejército se dispersó de él» (2 Reyes 25:5).

«Así que tomaron al rey, y... lo llevaron a Babilonia» (2 Reyes 25:6).

«En... el año diecinueve del rey Nabucodonosor rey de Babilonia, vino Nabuzaradán, capitán de la guardia, siervo del rey de Babilonia, a Jerusalén» (2 Reyes 25:8).

«Y quemó la casa del Señor, y la casa del rey, y todas las casas de Jerusalén; y todas las casas de los grandes las quemó con fuego» (2 Reyes 25:9).

«Y todo el ejército de los caldeos, que estaba con el capitán de la guardia, derribó los muros de Jerusalén alrededor» (2 Reyes 25:10).

«Y Nabuzaradán, capitán de la guardia, se llevó al resto del pueblo que había quedado en la ciudad, y a los fugitivos que se habían pasado al rey de Babilonia, con el resto de la multitud» (2 Reyes 25:11).

«Pero el capitán de la guardia dejó a algunos de los pobres de la tierra para que fuesen viñadores y labradores» (2 Reyes 25:12).

«...Así Judá fue llevado cautivo fuera de su tierra» (2 Reyes 25:21).

El profeta Nehemías presenta las malas acciones de la nación judía como la causa de sus calamidades. Después de relatar los tratos del Señor con ellos y su reiterada rebelión, declara:

### **Nehemías 9**

«Fueron desobedientes, y se rebelaron contra ti, y echaron tu ley a sus espaldas, y mataron a tus profetas que testificaron contra ellos para hacerlos volver a ti, y cometieron grandes provocaciones» (Nehemías 9:26).

«Por tanto, los entregaste en manos de sus enemigos» (Nehemías 9:27).

Dios hizo de Sion su santa morada, el gozo de toda la tierra. Pero a pesar de su bondad para con su pueblo escogido, ellos lo olvidaron y se desviaron hacia la idolatría. Antes de su dispersión, les llegaron repetidas advertencias; pero:

### **Zacarías 7**

«Rehusaron escuchar, y apartaron el hombro, y taparon sus oídos para no oír» (Zacarías 7:11).

«Sí, pusieron sus corazones como diamante, para no oír la ley, y las palabras que Jehová de los ejércitos había enviado en su Espíritu por medio de los profetas antiguos; por tanto, vino gran ira de parte de Jehová de los ejércitos» (Zacarías 7:12).

Si los hombres se niegan a recibir las amonestaciones del Señor, si persisten en caminar contrario a su instrucción, Él no puede librarlos de las consecuencias seguras de su propio camino. Si se oponen a Sus propósitos y abandonan los principios del cielo, Él permite que sus enemigos los humillen.

Por medio de Hulda la profetisa, Dios declaró acerca de la nación impenitente:

### **2 Reyes 22**

«Por cuanto me han abandonado, y han quemado incienso a otros dioses, para provocarme a ira con todas las obras de sus manos; por tanto, mi ira se encenderá contra este lugar [Jerusalén] y no se apagará» (2 Reyes 22:17).

¿Y cuál fue el resultado?

### **Zacarías 7**

«...por tanto, vino gran ira de parte de Jehová de los ejércitos» (Zacarías 7:12).

«Por tanto, ha sucedido que, como Él clamó y ellos no oyeron, así ellos clamaron y yo no oí, dice Jehová de los ejércitos» (Zacarías 7:13).

«Pero los esparcí con torbellino por todas las naciones que ellos no conocían. Así la tierra fue desolada tras ellos, de modo que nadie pasaba ni regresaba; porque hicieron desolada la tierra deseable» (Zacarías 7:14).

Los hijos de Israel fueron llevados cautivos a Babilonia porque se apartaron de Dios; no mantuvieron sus principios sin adular con los sentimientos de las

naciones que los rodeaban. El pueblo que debería haber sido una luz en medio de la oscuridad circundante, desatendió la palabra del Señor. Vivieron para sí mismos, y descuidaron hacer la obra especial que Dios les había encomendado. Y debido a su fracaso en cumplir su propósito, Él les permitió ser humillados por una nación idólatra.

El Señor no podía obrar para la prosperidad de su pueblo, no podía cumplir su pacto con ellos, mientras ellos eran infieles a los principios que Él les había dado para mantener, para que fueran apartados de los métodos y prácticas de las naciones que lo deshonraban.

Por su espíritu y obras, los hijos de Israel falsearon la justicia del carácter de Dios, y el Señor permitió que los babilonios los llevaran cautivos. Dejó a su pueblo a sus caminos; y en las calamidades que les sobrevinieron, los inocentes sufrieron con los culpables.

### 3. Entrenamiento Temprano

Entre los hijos de Israel que fueron llevados cautivos a Babilonia al comienzo de los setenta años de cautiverio, se encontraban patriotas cristianos, jóvenes que eran tan fieles como el acero a los principios, que no se dejarían corromper por el egoísmo, y que honrarían a Dios aun a costa de perderlo todo.

Sobre estos jóvenes leales y verdaderos, el Señor posó su mirada con gran agrado. Tuvieron que sufrir con los culpables, pero en la providencia de Dios, este cautiverio fue el medio para llevarlos al frente. Su ejemplo de integridad inmaculada, mientras eran cautivos en Babilonia, brilla con un resplandor celestial.

Entre aquellos que permanecieron fieles a Dios después de llegar a la tierra de su cautiverio, el profeta Daniel y sus tres compañeros son ejemplos ilustres de lo que incluso la juventud puede llegar a ser cuando se une al Dios de la sabiduría. Un breve relato de la vida de estos cuatro hebreos ha quedado registrado para el aliento de aquellos que son llamados a soportar la prueba y la tentación.

Después de su regreso de la conquista de los israelitas, el rey Nabucodonosor:

«...habló a Aspenaz, jefe de sus eunucos, para que trajese de los hijos de Israel, y del linaje real, y de los príncipes, (Daniel 1: 3)

jóvenes en quienes no hubiese tacha alguna, de buen parecer, enseñados en toda sabiduría, y con conocimiento y entendimiento en ciencia, y que tuviesen habilidad para estar en el palacio del rey; y que les enseñase las letras y la lengua de los caldeos. (Daniel 1: 4)

Y les señaló el rey ración para cada día de la comida del rey, y del vino que él bebía; y que los criase tres años, para que al fin de ellos se presentasen delante del rey. (Daniel 1: 5)

Entre estos estaban Daniel, Ananías, Misael y Azarías, de los hijos de Judá. (Daniel 1:6)

A estos el jefe de los eunucos puso nombres: puso a Daniel, Beltsasar; a Ananías, Sadrac; a Misael, Mesac; y a Azarías, Abed-nego.» (Daniel 1:7)

No fue su propio orgullo o ambición lo que había llevado a estos jóvenes a la corte del rey, a la compañía de quienes ni conocían ni temían al Dios verdadero. Eran cautivos en una tierra extraña, colocados allí por la Sabiduría Infinita. Separados de las influencias del hogar y de las asociaciones sagradas, procuraron comportarse con honra, por el honor de su pueblo oprimido y por la gloria de Aquel de quien eran siervos.

Estos jóvenes habían recibido una educación correcta en su primera etapa de vida, y ahora honraban a los instructores de su niñez. A sus hábitos de abnegación se unían la seriedad de propósito, la diligencia y la firmeza.

La educación que estos cuatro jóvenes habían recibido en Judea no seguía el orden de las escuelas mundanas, sino el propósito y plan de Dios. La escuela en la que fueron educados no era como las escuelas existentes antes de la destrucción del viejo mundo por un diluvio —escuelas en las que prevalecían los sentimientos infieles, y en las que la naturaleza era reconocida y adorada por encima del Dios de la naturaleza—. Estos jóvenes fueron criados en hogares donde se les enseñó el temor del Señor.

Los padres de Daniel lo educaron en su niñez en hábitos de estricta temperancia. Le enseñaron que en cada acto debía conformarse a las leyes de la naturaleza; que su comer y beber tenían una influencia directa sobre su naturaleza física, mental y moral; que era responsable ante Dios por todas sus capacidades; y que por ninguna conducta imprudente debía atrofiar o debilitar sus poderes. Como resultado de esta enseñanza, la ley de Dios fue exaltada en su mente y reverenciada en su corazón.

Y tal educación temprana fue para Daniel y sus tres compañeros el medio de su preservación. Las lecciones aprendidas en sus primeros años los llevaron a decidir evitar ser corrompidos en las cortes de Babilonia. La verdad era verdad para ellos. Sus principios estaban grabados en sus corazones. Ellos entendieron que:

«Con el corazón se cree para justicia, y con la boca se confiesa para salvación.»  
(Romanos 10:10)

El primer y gran mandamiento,

«Amarás al Señor tu Dios con todo tu corazón, y con toda tu alma, y con toda tu mente,» (Lucas 10:27)

era verdad para ellos, y debía ser obedecido.

En las escuelas establecidas bajo la dirección de Dios, el temor del Señor era el fundamento de toda verdadera educación. El conocimiento de Dios había sido transmitido de generación en generación. En Abel, a quien Caín mató, y después en Enoc, Set, Matusalén, Noé y muchos otros, el Señor tuvo testigos fieles, hombres justos, que mantuvieron su temor ante su generación. Sus memorias no eran débiles ni traicioneras. Habían recibido las palabras de instrucción de Adán, y estas las repitieron a sus hijos y a los hijos de sus hijos. Mucha historia y verdad importantes fueron expresadas en cánticos.

Daniel y sus compañeros estaban familiarizados con las vidas de Abel, Set, Enoc y Noé. Atesoraban las verdades que se habían transmitido de generación en generación. La imagen de Dios estaba grabada en el corazón.

Rodeados por una atmósfera de maldad, estos jóvenes permanecieron incorruptos. Ningún poder o influencia pudo apartarlos de los principios que habían aprendido en su primera etapa de vida mediante el estudio de la palabra y las obras de Dios.

Jóvenes y señoritas, estudien la historia de Daniel y sus compañeros. Sus vidas deberían inspirarles a tener la determinación de ser fieles a Dios. Deben serle leales o desleales.

La integridad cristiana se fortalece sirviendo al Señor fielmente. Eleven el estandarte en el que está inscrito:

«Los mandamientos de Dios y la fe de Jesús.» (Apocalipsis 14:12)

No hagan concesiones con el mal. La línea de demarcación entre los obedientes y los desobedientes debe ser clara y distinta. Determinen firmemente hacer la voluntad del Señor en todo momento y en todo lugar.

## 4. Los principios de templanza de Daniel

Daniel pronto dio muestras de la notable habilidad desarrollada en años posteriores. Él y sus tres compañeros, quienes fueron seleccionados para servir en la corte del rey, eran de cuna principesca y son descritos así:

«jóvenes en quienes no hubiese tacha alguna, de buen parecer, instruidos en toda sabiduría, doctos en ciencia y de buen entendimiento, e idóneos para estar en el palacio del rey» (Daniel 1:4)

Percibiendo los talentos superiores de estos jóvenes cautivos, el rey Nabucodonosor decidió prepararlos para ocupar puestos importantes en su reino. Para que estuvieran plenamente calificados para su vida en la corte, según la costumbre oriental, se les enseñaría el idioma de los caldeos y se les sometería durante tres años a un curso exhaustivo de disciplina física e intelectual.

Los jóvenes de esta escuela de formación no solo serían admitidos en el palacio real, sino que se dispuso que comieran de la comida y bebieran del vino que procedía de la mesa del rey. En todo esto, el rey pensó que no solo les estaba mostrando gran honor, sino que les estaba asegurando el mejor desarrollo físico y mental.

En la comida que se servía en la mesa del rey había carne de cerdo y otras carnes que la ley dada por medio de Moisés había declarado inmundas, y que a los hebreos se les había prohibido *expresamente* comer. Aquí Daniel fue sometido a una prueba severa. ¿Debía adherirse a la enseñanza divina, ofender al rey y probablemente perder no solo su posición, sino también su vida? ¿O debía ignorar el mandamiento del Señor y conservar el favor del rey, asegurándose así grandes ventajas intelectuales y las perspectivas mundanas más halagadoras?

Daniel podría haber argumentado que, dependiendo como estaba del favor del rey y sujeto a su poder, no había otro camino para él que comer de la carne del rey y beber de su vino. Pero Daniel y sus compañeros consultaron *juntos*. Consideraron cómo sus facultades físicas y mentales se verían afectadas por el uso del vino. El vino, decidieron, era una trampa.

Ellos conocían la historia de Nadab y Abiú, cuyo registro de intemperancia se había conservado en los pergaminos del Pentateuco. Sabían que por el uso constante de vino estos hombres se habían vuelto adictos al licor, y que habían confundido sus sentidos al beber justo antes de participar en el servicio sagrado del santuario. En su estado de embotamiento cerebral, al no poder discernir la diferencia entre lo sagrado y lo común, habían puesto fuego común sobre sus incensarios, en lugar del fuego sagrado encendido por el Señor, y por este pecado habían sido fulminados.

Una segunda consideración para estos jóvenes cautivos fue el hecho de que el rey, antes de comer, siempre pedía la bendición de sus dioses sobre la comida. Una porción de la comida, y también del vino, de su mesa se apartaba como ofrenda a los dioses falsos a quienes adoraba. Según las ideas religiosas de la época, este acto consagraba todo a los dioses paganos.

Daniel y sus tres hermanos pensaron que, incluso si no participaran realmente de las dádivas del rey, una mera *pretensión* de comer la comida o beber el vino, donde se practicaba tal idolatría, sería una negación de su fe. Hacer esto, de hecho, sería implicarse con el paganismo y deshonar los principios de la ley de Dios.

Daniel no dudó mucho. Decidió mantenerse firme en su integridad, fuera cual fuese el resultado.

«Y Daniel propuso en su corazón no contaminarse con la porción de la comida del rey, ni con el vino que él bebía» (Daniel 1:8)

En esta decisión había mucho en juego. Los cautivos hebreos eran *considerados* esclavos, pero Daniel y sus compañeros fueron particularmente favorecidos debido a su aparente inteligencia y su hermosura personal. Al tomar su decisión, no actuaron presuntuosamente, sino que revelaron un amor firme por la verdad y la justicia. No eligieron ser singulares, pero debían serlo, de lo contrario arruinarían sus propios caracteres, darían un mal ejemplo a otros y deshorrarían a Dios.

Entre los que hoy se profesan cristianos, hay muchos que decidirían que Daniel era demasiado *particular*, y lo calificarían de estrecho de miras y fanático. Consideran que el asunto de comer y beber tiene muy poca importancia como para requerir una elección tan decidida, una que implica el probable sacrificio de toda ventaja terrenal.

Pero en el día del juicio, aquellos que razonan así encontrarán que se apartaron de los requisitos *expresos* de Dios, y establecieron su propia opinión como un estándar de lo correcto y lo incorrecto. Encontrarán que lo que a ellos les parecía sin importancia no era considerado así por Dios.

Sus requisitos deben ser obedecidos *sacrosantamente*. Aquellos que aceptan y obedecen uno de Sus preceptos porque es conveniente hacerlo, mientras que rechazan otro porque su observancia requeriría un sacrificio, rebajan el estándar de lo correcto y, con su ejemplo, llevan a otros a considerar a la ligera Su santa ley. Un «Así dice el Señor» debe ser nuestra regla en todas las cosas.

Daniel fue sometido a tentaciones tan severas como cualquiera que pueda asaltar a la juventud de hoy; sin embargo, fue fiel a la instrucción religiosa recibida en la primera etapa de su vida. Estuvo rodeado de influencias calculadas para subvertir a aquellos que vacilarían entre el principio y la inclinación; sin embargo, la palabra de Dios lo presenta como un carácter *irreprochable*. Daniel no se atrevió a confiar en su propio poder moral. La oración era para él una necesidad. Hizo de Dios su fuerza, y en todas las transacciones de su vida, el temor del Señor estaba ante él.

Daniel poseía la gracia de una mansedumbre *genuina*. Era veraz, firme y noble. Procuró vivir en paz con todos, pero dondequiera que un principio estaba involucrado, era tan *inflexible* como el cedro altivo. En todo aquello que no chocaba con su lealtad a Dios, fue respetuoso y obediente con quienes tenían autoridad sobre él; pero tenía un sentido tan elevado de las demandas de Dios que los requisitos de los gobernantes terrenales eran considerados subordinados. Ninguna consideración egoísta podía inducirlo a desviarse de su deber.

El carácter de Daniel se presenta al mundo como un ejemplo *notable* de lo que la gracia de Dios puede hacer de hombres caídos por naturaleza y corrompidos por el pecado. El registro de su vida noble y abnegada es un aliento para nuestra humanidad común. De ella podemos extraer fuerza para resistir noblemente la tentación, y para, firme y en la gracia de la mansedumbre, defender lo correcto bajo la prueba más severa.

Daniel podría haber encontrado una excusa plausible para apartarse de sus hábitos estrictamente *temperantes*; pero la aprobación de Dios le era máspreciada que el favor del potentado terrenal más poderoso, —máspreciada incluso que la vida misma.

Habiendo obtenido, por su conducta cortés, el favor de Melzar, el oficial a cargo de los jóvenes hebreos, Daniel hizo una petición de que no comieran de la carne del rey ni bebieran de su vino. Melzar temió que, al cumplir con esta petición, pudiera incurrir en el disgusto del rey; y así poner en peligro su propia vida.

Como muchos en la actualidad, él pensó que una dieta *abstemiosa* haría que estos jóvenes parecieran pálidos y enfermizos, y deficientes en fuerza muscular, mientras que la lujosa comida de la mesa del rey los haría rubicundos y hermosos, y promovería la actividad física y mental.

Daniel solicitó que el asunto se decidiera mediante una prueba de diez días, durante la cual se les suministraría a los jóvenes hebreos comida sencilla, mientras sus compañeros comían de las delicias del rey.

La petición fue concedida, y Daniel se sintió seguro de haber ganado su caso. Aunque solo era un joven, había visto los efectos *perjudiciales* del vino y del vivir lujosamente sobre la salud física y mental.

Al cabo de los diez días, el resultado fue todo lo contrario de las expectativas de Melzar. No solo en apariencia personal, sino en actividad física y vigor mental, aquellos que habían sido *temperantes* en sus hábitos mostraron una superioridad *marcada* sobre sus compañeros que habían complacido el apetito. Como

resultado de esta prueba, a Daniel y sus asociados se les permitió continuar con su dieta sencilla durante todo el curso de su formación para los deberes del reino.

El Señor consideró con aprobación la firmeza y la abnegación de estos jóvenes hebreos, y Su bendición los acompañó.

«A estos cuatro jóvenes Dios les dio conocimiento e inteligencia en todas las letras y ciencias; y Daniel tuvo entendimiento en toda visión y sueños» (Daniel 1:17)

Al expirar los tres años de formación, cuando su habilidad y conocimientos fueron probados por el rey,

«no halló entre ellos a otros como Daniel, Ananías, Misael y Azarías; y así estuvieron delante del rey» (Daniel 1:19)

«En todo asunto de sabiduría e inteligencia que el rey les consultó, los halló diez veces mejores que todos los magos y astrólogos que había en todo su reino» (Daniel 1:20)

La vida de Daniel es una ilustración *inspirada* de lo que constituye un carácter santificado. Presenta una lección para todos, y especialmente para los jóvenes. Un cumplimiento *estricto* de los requisitos de Dios es beneficioso para la salud del cuerpo y la mente. Para alcanzar el estándar más alto de logros morales e intelectuales, es necesario buscar sabiduría y fuerza de Dios, y observar una templanza estricta en todos los hábitos de la vida.

En la experiencia de Daniel y sus compañeros tenemos un ejemplo del *triunfo del principio* sobre la tentación de complacer el apetito. Nos muestra que, a través del principio religioso, los jóvenes pueden triunfar sobre las concupiscencias de la carne y *permanecer fieles* a los requisitos de Dios, aunque les cueste un gran sacrificio.

¿Qué hubiera pasado si Daniel y sus compañeros hubieran llegado a un compromiso con esos oficiales paganos, y hubieran cedido a la presión de la ocasión, comiendo y bebiendo como era costumbre entre los babilonios? Esa sola instancia de apartarse del principio habría debilitado su sentido de lo correcto y su *abhorrecimiento* de lo incorrecto. La complacencia del apetito habría implicado el sacrificio del vigor físico, la claridad intelectual y el poder espiritual.

Un paso equivocado probablemente habría llevado a otros, hasta que, al cortarse su conexión con el Cielo, habrían sido arrastrados por la tentación.

Dios ha dicho,

«...porque yo honraré a los que me honran» (1 Samuel 2:30)

Mientras Daniel se aferraba a su Dios con una confianza *inquebrantable*, el espíritu de poder profético vino sobre él. Mientras era instruido por los hombres en los deberes de la vida cortesana, Dios le enseñó a leer los misterios de las edades futuras, y a presentar a las generaciones venideras, a través de figuras y similitudes, las cosas maravillosas que sucederían en los últimos días.

## 5. Con Propósito Firme de Corazón

Desde una era a otra, los héroes de la fe han sido marcados por su fidelidad a Dios; y han sido puestos conspicuamente ante el mundo para que su luz brille a aquellos en oscuridad.

Daniel y sus tres compañeros son ejemplos ilustres de heroísmo cristiano y devoción a los principios. Un breve relato de la vida de estos cuatro hebreos ha quedado registrado para el aliento de aquellos que son llevados a la tentación y la prueba. De su experiencia en la corte de Babilonia, podemos aprender lo que Dios hará por aquellos que le sirven con un propósito firme de corazón.

Durante el reinado de Joacim, Nabucodonosor sitió Jerusalén,

«Y llevó cautivos a todos los príncipes, y a todos los hombres fuertes y valerosos, hasta diez mil cautivos, y a todos los artesanos y herreros; no quedó nadie, sino la gente más pobre de la tierra.» (2 Reyes 24:24)

Después de su regreso de la conquista de los israelitas, Nabucodonosor...

«...habló a Aspenaz, jefe de sus eunucos, que trajese de los hijos de Israel, del linaje real y de los príncipes; 4 muchachos en quienes no hubiese tacha alguna, de buen parecer, enseñados en toda sabiduría, y dotados de ciencia y de entendimiento, e idóneos para estar en el palacio del rey; y a quienes les enseñasen las letras y la lengua de los caldeos.» (Daniel 1:3-4)

Entre los escogidos de los cautivos de Judá estaban Daniel, Ananías, Misael y Azarías.

«A estos el jefe de los eunucos les puso nombres: a Daniel llamó Beltsasar; a Ananías, Sadrac; a Misael, Mesac; y a Azarías, Abed-nego.» (Daniel 1:7)

El oficial babilonio tenía un propósito al cambiar así los nombres de los jóvenes hebreos. Antiguamente, el nombre de un niño representaba su carácter, y los nombres dados a estos niños eran característicos de lo que se esperaba que llegaran a ser. Eran jóvenes en años, y se creía que este cambio en sus nombres causaría una impresión en sus mentes. Se esperaba que, en poco tiempo, su

antigua religión sería olvidada, y que se volverían en carácter y propósito como los jóvenes caldeos que los rodeaban.

Para que estuvieran plenamente preparados para su vida en la corte, según la costumbre oriental, a estos jóvenes se les debía enseñar la erudición de los caldeos, y durante tres años serían sometidos a un curso completo de disciplina física e intelectual. No solo serían admitidos en el palacio real, sino que también se dispuso que comerían de la carne y beberían del vino que venía de la mesa del rey.

«Y les señaló el rey ración para cada día de la comida del rey, y del vino que él bebía; y que los criase tres años, para que al fin de ellos se presentasen delante del rey.» (Daniel 1:5)

En todo esto, el rey pensó que les estaba mostrando gran honor y que les estaba asegurando el mejor desarrollo físico y mental.

«Pero Daniel propuso en su corazón no contaminarse con la porción de la comida del rey, ni con el vino que él bebía.» (Daniel 1:8)

Al proponer no comer la comida que el rey había provisto, Daniel no deseaba ser *singular*; sino que estaba decidido a ser fiel a Dios. Como verdadero hebreo, no podía comer la carne ni beber el vino. En la comida provista para la mesa del rey, había carne de cerdo y otros alimentos que fueron declarados inmundos por la ley dada a Moisés.

Además, una porción de la comida, y también del vino, era apartada como ofrenda a los dioses falsos de Babilonia. Según las ideas religiosas de la época, este acto consagraba el todo a los dioses paganos.

Daniel y sus tres hermanos pensaron que si no participaban realmente de la generosidad del rey, una mera pretensión de comer la comida y beber el vino, donde tal idolatría se practicaba, sería una negación de su fe. Hacer esto los implicaría con el paganismo y deshonraría la ley de Dios.

Daniel y sus compañeros podrían haber adoptado la postura de que, debido a que su comida y bebida eran por disposición del rey, era su deber participar de ellas. Pero no hicieron esto. Al ser sometidos a la prueba, se pusieron plenamente

del lado de la verdad y la justicia. Mediante la oración ferviente y el estudio de las Escrituras, se prepararon para actuar inteligentemente en el asunto. La carne no había formado parte de su dieta en el pasado, y determinaron que no debería formar parte de su dieta en el futuro.

Por el destino de los hijos de Aarón, sabían que el uso del vino confundiría sus sentidos, que la complacencia del apetito nublaría sus poderes de discernimiento; y como el vino había sido prohibido a todos los que debían dedicarse al servicio de Dios, resolvieron no participar de él. No se contaminarían con la porción de la comida del rey, ni con el vino que él bebía.

Los fieles jóvenes no sabían cuál sería el resultado de su decisión; pero aunque se dieron cuenta de que podría costarles la vida, resolvieron mantener el camino de la estricta templanza en las cortes de la licenciosa ciudad de Babilonia.

Daniel y sus compañeros son ilustraciones de lo que pueden ser los jóvenes de hoy. Serios, de alma íntegra, estos jóvenes serían fieles a sus principios a cualquier costo. Durante los primeros años de su cautiverio, Daniel estaba pasando por una prueba que lo familiarizaría con el esplendor cortesano, con la hipocresía y con el paganismo. ¡Una escuela extraña, en verdad, para prepararlo para una vida de sobriedad, diligencia y fidelidad! Y sin embargo, vivió incorrupto por esta atmósfera de mal.

A aquellos que hagan como estos jóvenes —cerrar la puerta a la tentación, negar el apetito y ponerse en una relación correcta con Dios— el Señor se les manifestará. Es el privilegio de los jóvenes hoy tener principios tan firmes que las tentaciones más poderosas no los apartarán de su lealtad. La compañía que frecuenten, los principios que adopten, los hábitos que formen, resolverán la cuestión de su utilidad en esta vida y de sus futuros intereses eternos, con una certeza infalible.

También hay una lección para nosotros que aprender en la demanda que el rey de Babilonia hizo de perfección en los jóvenes que debían estar en sus cortes. Debían ser sin tacha, bien parecidos, hábiles en sabiduría, astutos en conocimiento y entendidos en ciencia.

Si un rey idólatra demandaba tal excelencia en aquellos que debían estar ante él, ¿no deberían aquellos que tienen conocimiento del Dios verdadero alcanzar la perfección de carácter y capacidad en Su servicio?

Aquellos que esperan un día estar ante el trono del Dios de dioses y Señor de reyes, deben vivir cada día de tal manera que la aprobación de Dios pueda reposar sobre ellos. Deben buscar diariamente eliminar las manchas en el carácter que llevan al pecado, y traer a sus vidas la perfección de carácter que todos deben revelar quienes tienen parte en el reino de los cielos.

El carácter siempre será probado. Si Cristo mora en nosotros, día tras día y año tras año, creceremos hacia un noble heroísmo. Esta es nuestra tarea asignada, pero no puede lograrse sin la ayuda de Jesús, sin una decisión resuelta, un propósito inquebrantable, una vigilancia continua y una oración incesante.

Cada uno tiene una batalla personal que librar; cada uno debe abrirse camino a través de luchas y desánimos. Aquellos que rehúyen la lucha, pierden la fuerza y la alegría de la victoria. Nadie, ni siquiera Dios, puede hacer que nuestros caracteres sean nobles o nuestras vidas útiles a menos que hagamos el esfuerzo necesario de nuestra parte. Debemos poner características de belleza en nuestras vidas. Debemos buscar expulsar los rasgos desagradables, mientras Dios obra en nosotros el querer como el hacer, por Su buena voluntad.

Para llevar a cabo su propósito de no contaminarse con la comida del rey, Daniel hizo una petición al príncipe de los eunucos para una dieta más sencilla.

«Y Dios concedió a Daniel hallar gracia y buena voluntad con el jefe de los eunucos.»  
(Daniel 1:9)

Este oficial vio en Daniel buenos rasgos de carácter. Vio que se esforzaba por ser amable y servicial, que sus palabras eran respetuosas y corteses, y que su manera poseía la gracia de la modestia y la mansedumbre. Fue el buen comportamiento del joven lo que le ganó el favor y el amor del príncipe.

Pero el príncipe de los eunucos dudó en conceder la petición de Daniel, temiendo que una abstinencia tan rígida como la que proponía causara que los

hebreos tuvieran una salud menos *florecente* que aquellos que comían de los manjares del rey. Le dijo a Daniel:

«Temo a mi señor el rey, que ha señalado vuestra comida y vuestra bebida; pues, ¿por qué ha de ver vuestros rostros de peor aspecto que los de los muchachos de vuestra edad? Así haríais que yo pierda mi cabeza ante el rey.» (Daniel 1:10)

Pero no eran los lujos del rey lo que daría a estos jóvenes un rostro claro y un ojo brillante. Era la conciencia de contar con la aprobación de Dios. Y Daniel sabía que si a él y a sus compañeros se les permitía adoptar una dieta sencilla, para cuando fueran llamados a comparecer ante el rey, las ventajas de la reforma de la salud serían evidentes en su salud física. Daniel suplicó una prueba de diez días:

«Te ruego que hagas la prueba con tus siervos por diez días, y nos den legumbres a comer, y agua a beber. Compara luego nuestros rostros con los rostros de los muchachos que comen de la ración de la comida del rey; y haz después con tus siervos según veas.» (Daniel 1:12-13)

«Consintió, pues, con ellos en esto, y probó con ellos diez días.» (Daniel 1:14)

Cuando presentaron su petición, los jóvenes hebreos conocían la seriedad de su posición, y mediante la oración ferviente se prepararon para el deber y la prueba. Sus compañeros los criticaron severamente; tuvieron que enfrentar el ridículo y el abuso; pero las burlas no pudieron debilitar su piedad.

Con vigilancia y oración custodiaron toda vía de tentación. Habían aprendido los principios del verdadero servicio. Eran cautivos, solitarios y en peligro; pero poseían un tesoro de valor incalculable: *una integridad inquebrantable*. Temían hacer el mal.

«Al cabo de los diez días, sus rostros se veían más hermosos y más robustos que los de todos los otros muchachos que comían de la ración de la comida del rey.» (Daniel 1:15)

«Así pues, Melzar se llevaba la ración de la comida de ellos y el vino que habían de beber, y les daba legumbres.» (Daniel 1:16)

Las sencillas legumbres y el agua, que solicitaron al principio, fueron a partir de entonces el alimento de Daniel y sus compañeros.

De la experiencia de estos niños hebreos, podemos aprender la valiosa lección de que el Señor vela por aquellos que se ponen en una relación correcta con Él y con Sus requisitos. Dios vio con aprobación la firmeza y la abnegación de estos jóvenes, y Su bendición los acompañó.

En Daniel y sus compañeros tenemos un ejemplo del triunfo de los principios sobre la tentación y la complacencia del apetito. Nos muestra que, a través de principios religiosos, los jóvenes pueden triunfar sobre las concupiscencias de la carne y permanecer fieles a los requisitos de Dios, aunque les cueste un gran sacrificio.

Lo que los jóvenes y las señoritas necesitan es heroísmo cristiano. La Palabra de Dios declara:

«Mejor es el que se enseñorea de su espíritu, que el que toma una ciudad.»  
(Proverbios 16:32)

Dominar el espíritu significa mantener el yo bajo disciplina. Los jóvenes no deben suponer que pueden seguir viviendo vidas despreocupadas e indulgentes, sin buscar preparación para el reino de Dios, y aun así, en tiempo de prueba, ser capaces de mantenerse firmes por la verdad. Necesitan buscar fervientemente llevar a sus vidas la perfección que se ve en la vida del Salvador, para que cuando Cristo venga, estén preparados para entrar por las puertas a la ciudad de Dios.

El amor abundante de Dios y Su presencia en el corazón darán el poder del autodomínio, y moldearán y formarán la mente y el carácter. La gracia de Cristo en la vida dirigirá los objetivos, propósitos y capacidades hacia canales que darán poder moral y espiritual —un poder que los jóvenes no tendrán que dejar en este mundo, sino que podrán llevar consigo a la vida futura y retener a través de las edades eternas.

## 6. Una guerra contra la intemperancia

Ningún joven o señorita podría haber sido tentado con mayor rigor que Daniel y sus compañeros. A estos cuatro jóvenes hebreos se les asignó vino y carne de la mesa del rey. Pero ellos eligieron ser *temperados*. Vieron que los peligros estaban por todos lados, y que si resistían la tentación, debían hacer los esfuerzos más decididos de su parte, y confiar los resultados a Dios.

Los jóvenes que desean permanecer como Daniel permaneció deben esforzar sus poderes espirituales al máximo, cooperando con Dios y confiando plenamente en la fuerza que Él ha prometido a todos los que vienen a Él en humilde obediencia.

Existe una guerra constante que debe mantenerse entre la virtud y el vicio. Los elementos discordantes de uno y los principios puros del otro están obrando, luchando por el dominio. Satanás se acerca a cada alma con alguna forma de tentación en cuanto a la complacencia del apetito.

La intemperancia es terriblemente prevalente. Miremos donde miremos, contemplamos este mal que es cariñosamente cultivado. A pesar de los esfuerzos realizados para controlarla, la intemperancia va en aumento. No podemos ser demasiado diligentes en procurar impedir su progreso, en levantar a los caídos y en proteger a los débiles de la tentación.

Con nuestras débiles manos humanas podemos hacer muy poco, pero tenemos un Ayudador infalible. No debemos olvidar que el brazo de Cristo puede alcanzar las profundidades mismas de la miseria y degradación humanas. Él puede darnos ayuda para vencer incluso el terrible demonio de la intemperancia.

No hay una clase de personas capaz de lograr más en la guerra contra la intemperancia que los jóvenes temerosos de Dios. En esta era, los jóvenes de nuestras ciudades deberían unirse como un ejército, firmemente y con decisión, para oponerse a toda forma de indulgencia egoísta y destructora de la salud. ¡Qué poder podrían ser para el bien! ¡A cuántos podrían salvar de llegar a

desmoralizarse en los salones y jardines equipados con música y otras atracciones para seducir a la juventud!

La intemperancia, la profanidad y la lascivia son hermanas. Que cada joven temeroso de Dios se ciña la armadura y avance al frente. Pongan sus nombres en cada compromiso de templanza presentado. Así, prestarán su influencia a favor de firmar el compromiso e inducirán a otros a firmarlo. Que ninguna excusa débil los disuada de dar este paso. Trabajen por el bien de sus propias almas y por el bien de los demás.

Los jóvenes y señoritas que afirman creer la verdad para este tiempo solo pueden complacer a Jesús uniéndose en un esfuerzo para enfrentar los males que, con influencia seductora, se han introducido en la sociedad. Deben hacer todo lo posible para detener la corriente de intemperancia que ahora se extiende con poder desmoralizador por toda la tierra. Al darse cuenta de que la intemperancia tiene partidarios abiertos y declarados, aquellos que honran a Dios toman su posición firmemente contra esta marea de mal por la cual hombres y mujeres son arrastrados rápidamente a la perdición.

Los seguidores de Jesús nunca se avergonzarán de practicar la templanza en todas las cosas. Entonces, ¿por qué debería ruborizarse de vergüenza algún joven al rehusar la copa de vino o la jarra espumosa de cerveza? Negarse a complacer un apetito pervertido es un acto honorable. Pecar es indigno de un hombre; complacer hábitos dañinos de comer y beber es débil, cobarde, degradado; pero negar el apetito pervertido es fuerte, valiente, noble.

En la corte babilónica, Daniel estaba rodeado de atractivos para el pecado, pero con la ayuda de Cristo mantuvo su integridad. El que no puede resistir la tentación, cuando todas las facilidades para vencer han sido puestas a su alcance, no está registrado en los libros del cielo como un hombre.

Atrévete a ser un Daniel. Atrévete a permanecer solo. Ten el coraje de hacer lo correcto. Una reserva cobarde y silenciosa ante los malos compañeros, mientras escuchas sus artimañas, te hace uno con ellos.

«Salid de en medio de ellos, y apartaos, dice el Señor, Y no toquéis cosa inmunda; Y yo os recibiré, Y seré a vosotros por Padre, Y vosotros me seréis hijos e hijas» (2 Corintios 6:17, 18).

En todo momento y en toda ocasión se requiere coraje moral para adherirse a los principios de la estricta templanza. Podemos esperar que, siguiendo tal curso, sorprenderemos a aquellos que no se abstienen totalmente de todo estimulante; pero, ¿cómo vamos a llevar adelante la obra de reforma si nos conformamos a los hábitos y prácticas dañinas de aquellos con quienes nos asociamos?

Las santas inteligencias del cielo observan el conflicto que se desarrolla entre el tentador y el tentado. Si el tentado se aparta de la tentación, y en la fuerza de Jesús vence, los ángeles se regocijan; porque Satanás ha perdido en el conflicto.

En nuestro favor, Cristo, cuando estaba debilitado y sufría a causa del hambre, libró la batalla contra el apetito y venció a Satanás. En el nombre y la fuerza de Jesús, todo joven puede vencer al enemigo hoy en el punto del apetito pervertido.

Mis queridos jóvenes amigos, avancen paso a paso, hasta que todos sus hábitos estén en armonía con las leyes de la vida y la salud. El que venció en el desierto de la tentación declara:

«Al que venciere, le daré que se siente conmigo en mi trono, así como yo he vencido, y me he sentado con mi Padre en su trono» (Apocalipsis 3:21).

## 7. La recompensa de la templanza

Durante sus tres años de entrenamiento, Daniel y sus asociados mantuvieron sus hábitos de abstinencia, su lealtad a Dios y su constante dependencia de Su poder. Cuando llegó el momento de que el rey probara sus habilidades y conocimientos, fueron examinados junto con otros candidatos para el servicio del reino.

«[Pero] entre todos ellos no se halló ninguno como Daniel, Hananías, Misael y Azarías.» (Daniel 1:19)

Su aguda comprensión, su lenguaje selecto y preciso, su vasto conocimiento, testificaron la fuerza y el vigor inalterados de su poder mental. Por lo tanto, se presentaron ante el rey.

«Y en todo asunto de sabiduría e inteligencia que el rey les consultó, los halló diez veces mejores que todos los magos y astrólogos que había en todo su reino.» (Daniel 1:20)

Dios siempre honra lo correcto. Los jóvenes más prometedores de todas las tierras subyugadas por el gran conquistador habían sido reunidos en Babilonia, sin embargo, entre todos ellos, los cautivos hebreos no tenían rival. La forma erguida, el paso firme y elástico, el rostro sereno, los sentidos intactos, el aliento puro —todos estos eran insignias de la nobleza con la que la naturaleza honra a quienes obedecen sus leyes.

La lección aquí presentada es una que haríamos bien en ponderar. Un estricto cumplimiento de los requisitos bíblicos será una bendición tanto para el cuerpo como para el alma. El fruto del Espíritu no es solo amor, gozo y paz, sino también templanza. Se nos manda no contaminar nuestros cuerpos; porque son los templos del Espíritu Santo.

Los cautivos hebreos eran hombres con pasiones como las nuestras. En medio de las influencias seductoras de las lujosas cortes de Babilonia, se mantuvieron firmes. La juventud de hoy está rodeada de atractivos para la autocomplacencia. Especialmente en nuestras grandes ciudades, toda forma de gratificación sensual se hace fácil y tentadora. Aquellos que, como Daniel, se nieguen a contaminarse,

cosecharán la recompensa de los hábitos templados. Con su mayor resistencia física y una mayor capacidad de aguante, tienen un *banco de depósito* del cual extraer en caso de emergencia.

Los hábitos físicos correctos promueven la superioridad mental. El poder intelectual, la resistencia física y la duración de la vida dependen de leyes inmutables. El Dios de la naturaleza no intervendrá para preservar a los hombres de las consecuencias de violar los requisitos de la naturaleza. El que se esfuerza por el dominio debe ser *temperante en todas las cosas*. La claridad mental y la firmeza de propósito de Daniel, su poder para adquirir conocimiento y resistir la tentación, se debieron en gran medida a la sencillez de su dieta, en conexión con su vida de oración.

Hay mucha verdad sólida en el adagio: «Cada hombre es el arquitecto de su propia fortuna». Si bien los padres son responsables de la impronta del carácter, así como de la educación y la formación de sus hijos e hijas, sigue siendo cierto que nuestra posición y utilidad en el mundo dependen, en gran medida, de nuestro propio curso de acción.

Daniel y sus compañeros disfrutaron de los beneficios de una correcta formación y educación en los primeros años de su vida, pero estas ventajas por sí solas no los habrían convertido en lo que fueron. Llegó el momento en que debían actuar por sí mismos —cuando su futuro dependía de su propio camino. Entonces decidieron ser fieles a las lecciones que les habían sido dadas en la niñez. *El temor de Dios, que es el principio de la sabiduría*, fue el fundamento de su grandeza.

La historia de Daniel y sus jóvenes compañeros ha sido registrada en las páginas de la palabra inspirada, para beneficio de la juventud de todas las edades venideras. A través del registro de su fidelidad a los principios de la templanza, Dios está hablando hoy a jóvenes y señoritas, pidiéndoles que recojan los *preciosos rayos de luz* que Él ha dado sobre el tema de la templanza cristiana, y que se pongan en la relación correcta con las leyes de la salud.

Ahora se necesita hombres que, como Daniel, hagan y se atrevan. Se desea un corazón puro y una mano fuerte y sin temor en el mundo de hoy. Dios diseñó que el hombre estuviera en constante mejora, alcanzando diariamente un punto más alto en la escala de la excelencia. Él nos ayudará, si buscamos ayudarnos a nosotros mismos. Nuestra esperanza de felicidad en dos mundos depende de nuestra mejora en uno. En cada punto debemos protegernos contra el primer acercamiento a la intemperancia.

Querida juventud, Dios los llama a hacer una obra que, por Su gracia, pueden realizar.

«Presentad vuestros cuerpos en sacrificio vivo, santo, agradable a Dios, que es vuestro culto racional.» (Romanos 12:1)

Manifiéstén su masculinidad y feminidad dadas por Dios. Muestren una pureza de gustos, apetitos y hábitos que se compare con la de Daniel. Dios los recompensará con nervios tranquilos, un cerebro claro, un juicio intacto, percepciones agudas. La juventud de hoy cuyos principios son firmes e inquebrantables, será bendecida con salud de cuerpo, mente y alma.

## 8. A los que me honran, yo honraré

«En cuanto a estos cuatro jóvenes, Dios les dio conocimiento e inteligencia en todas las letras y sabiduría; y Daniel tuvo entendimiento en toda visión y sueño.» (Daniel 1:17)

«Cumplidos, pues, los días al fin de los cuales el rey había dicho que los trajesen, el jefe de los eunucos los trajo delante de Nabucodonosor.» (Daniel 1:18)

«Y el rey habló con ellos, y entre todos ellos no fueron hallados otros como Daniel, Ananías, Misael y Azarías; así estuvieron, pues, delante del rey.» (Daniel 1:19)

«Y en todo asunto de sabiduría e inteligencia que el rey les consultó, los halló diez veces mejores que todos los magos y astrólogos que había en todo su reino.» (Daniel 1:20)

Dios siempre honra lo correcto. La juventud más prometedora de todas las tierras subyugadas por el gran conquistador había sido reunida en Babilonia; sin embargo, entre todos ellos, los cautivos hebreos no tenían rival. La forma erguida, el paso elástico, el semblante hermoso, los sentidos intactos, el aliento puro, todo ello eran tantos certificados de buenos hábitos, insignias de la nobleza con la que la naturaleza honra a quienes obedecen sus leyes.

Durante los últimos tres años, los jóvenes hebreos habían estado adquiriendo una sabiduría diferente al aprendizaje de los caldeos; Dios les había estado dando un conocimiento de Él mismo. Se habían puesto en la relación correcta con Dios, y Él podía confiarles un conocimiento profundo de las verdades eternas.

Los hábitos y el entendimiento de los jóvenes que no fueron instruidos por Dios estaban de acuerdo con el conocimiento que proviene de las prácticas idólatras, y que deja a Dios fuera de su cálculo. Daniel y sus compañeros, desde el principio de su experiencia en la corte del rey, estaban adquiriendo una comprensión más clara, un juicio más sólido y preciso que todos los hombres sabios del reino de Babilonia. Se colocaron donde Dios podía bendecirlos. Siguieron reglas de vida que les darían fortaleza de intelecto y les procurarían el mayor beneficio posible del estudio de la Palabra de Dios.

Mientras Daniel fue fiel a sus deberes en la corte del rey, mantuvo tan fielmente su lealtad a Dios, que Dios pudo honrarlo como Su mensajero al

monarca babilónico. Fue a Daniel a quien Nabucodonosor, incapaz de obtener ayuda de sus sabios, recurrió para que le diera cuenta de su sueño olvidado y su interpretación.

Daniel y sus compañeros buscaron al Señor, y a Daniel le fue revelado el sueño y su significado. Y cuando hubo relatado al rey la visión que Dios le había mostrado, Nabucodonosor dijo:

«Ciertamente, el Dios vuestro es Dios de dioses, y Señor de reyes, y revelador de misterios, ya que pudiste revelar este secreto.» (Daniel 2:47)

La historia de Daniel y sus compañeros ha sido registrada en las páginas de la Palabra Inspirada para beneficio de la juventud en todas las edades sucesivas. Lo que los hombres han hecho, los hombres pueden hacer.

Si los jóvenes hacen la entrega sin reservas de la voluntad que Daniel hizo, Dios los ayudará como ayudó a Daniel. Si aprecian las oportunidades que Él les da para crecer en el entendimiento de Él, Él les dará sabiduría y conocimiento, y llenará sus corazones de altruismo. Pondrá en sus mentes pensamientos que los inspirarán con esperanza y coraje mientras buscan traer a otros bajo el dominio del Príncipe de Paz. Contarán con la cooperación de Dios y de los ángeles. Realizarán con diligencia la suma de su salvación, Dios obrando en ellos tanto el querer como el hacer por Su buena voluntad.

Cuando Daniel estudió la Palabra de Dios, su entendimiento se hizo cada vez más claro; y al comprender sus principios ennoblecedores, se propuso en su corazón formar un carácter que Dios pudiera aprobar. No podía prever el resultado de su determinación de ser fiel a Dios en las cortes de Babilonia; pero resolvió que, incluso a costa de perderlo todo, preservaría su integridad. Y el Señor le cumplió la palabra que había prometido:

«...a los que me honran, yo honraré.» (1 Samuel 2:30)

Hay un estímulo maravilloso en la historia de Daniel para los jóvenes que hoy se esfuerzan por adquirir conocimiento. En Su Palabra, el Señor ha dejado a Sus hijos un instructor divino que nunca defraudará a quienes buscan su dirección

con un corazón sincero. Sus enseñanzas impartirán una fortaleza de carácter y un desarrollo mental que ningún otro libro puede dar.

Que el estudiante haga de la Palabra de Dios el principal libro de estudio, dando a todas las demás ramas del saber un lugar secundario. Y a medida que el corazón se abre a la entrada de la Palabra, la luz del trono de Dios brillará en el alma.

La Palabra, atesorada en el corazón, brindará al estudiante un tesoro de conocimiento de valor incalculable. Sus principios ennoblecedores imprimirán en el carácter la honestidad y la veracidad, la templanza y la integridad.

## 9. Éxito en la Educación

POR tres años los prometedores jóvenes a quienes Nabucodonosor, rey de Babilonia, seleccionó para ser entrenados con el fin de ocupar puestos de responsabilidad, estudiaron para adquirir...

«el conocimiento y la lengua de los caldeos» (Daniel 1:4).

«Al cabo de los días [establecidos para presentarlos]... el príncipe de los eunucos los trajo ante Nabucodonosor» (Daniel 1:18).

«Y el rey habló con ellos; y entre todos ellos no se halló ninguno como Daniel, Ananías, Misael y Azarías; por tanto, estuvieron delante del rey» (Daniel 1:19).

El verdadero éxito en cualquier ámbito no es el resultado del azar, del accidente o del destino; es la manifestación de la providencia de Dios, la recompensa de la fe y la discreción, de la virtud y del trabajo perseverante. Al adquirir la sabiduría de los babilonios, Daniel y sus tres compañeros tuvieron mucho más éxito que sus condiscípulos, pero su aprendizaje no fue por casualidad; obtuvieron conocimiento mediante el uso fiel de sus facultades, bajo la guía del Espíritu Santo.

Estos jóvenes se conectaron con la Fuente de toda sabiduría. Hicieron del conocimiento de Dios el fundamento de su educación. Otros jóvenes tuvieron las mismas ventajas, pero no, como los fieles jóvenes hebreos, emplearon todas sus energías para buscar la sabiduría —el conocimiento de Dios tal como se revela en su palabra y sus obras—. No se unieron a estos jóvenes en la búsqueda de la porción del Antiguo Testamento entonces escrita, y en hacer de la palabra de Dios su más alta instructora.

Con fe, los cautivos hebreos oraron por sabiduría y luego vivieron sus propias oraciones. Con este fin, evitaron todo lo que pudiera debilitar el poder físico o mental. Al mismo tiempo, aprovecharon cada oportunidad que se les dio para ser inteligentes en todas las ramas del saber. Buscaron adquirir conocimiento con un propósito: honrar y glorificar a Dios. Se dieron cuenta de que, para presentarse como representantes de la verdadera religión en medio de las falsas religiones del

paganismo, debían tener claridad de intelecto y perfeccionar un carácter cristiano.

Estos jóvenes se propusieron asegurar una educación equilibrada. Se hicieron expertos tanto en el conocimiento secular como en el religioso; pero estudiaron ciencia sin corromperse. Mientras obtenían conocimiento de las ciencias, estudiaban también la ciencia más elevada que los mortales pueden estudiar: la ciencia de la salvación.

Recibieron luz directamente del trono del cielo. El Señor mismo fue su educador. Los eslabones de oro de la cadena del cielo conectaron lo finito con lo Infinito. Orando constantemente, estudiando a conciencia, manteniéndose en contacto con lo Invisible, caminaron con Dios, como lo hizo Enoc.

La historia de Daniel y sus compañeros contiene una lección para nosotros. La inspiración declara que:

«El temor del Señor es el principio de la sabiduría» (Salmo 111:10; Proverbios 9:10).

El principio religioso es el fundamento de la más alta educación. Si nuestros jóvenes se equilibran solo con principios, podrán mejorar con seguridad sus facultades mentales hasta el más alto grado, y podrán llevar todos sus logros a la vida futura. Hay muchos que podrían llegar a ser hombres poderosos si, como estos fieles hebreos, aprendieran de Cristo, el más grande Maestro del mundo.

No impediríamos que los jóvenes obtuvieran conocimiento en literatura, ciencia y arte; pero sí quisiéramos grabar en la mente de todos la necesidad de obtener primero un conocimiento de Dios y de su voluntad, para que la influencia de su Espíritu pueda dirigir cada avance en las líneas educativas.

Daniel se colocó en el canal de la luz celestial, donde podía comunicarse con Dios en oración. Dios coopera con los agentes humanos que se colocan en este canal. Una luz creciente brilla constantemente desde el cielo sobre aquellos que buscan la sabiduría divina. Aquellos que no eligen colocarse en este canal sufren una pérdida terrible. Los estudiantes que exaltan las ciencias por encima del Dios de la ciencia serán ignorantes cuando se crean sabios.

Jóvenes, señoritas, si no pueden dedicar tiempo a orar, si no pueden dedicar tiempo a la comunión con Dios, al autoexamen, y no aprecian la sabiduría que proviene solo de Dios, todo su aprendizaje será defectuoso y su educación resultará un obstáculo en lugar de una ventaja.

La lección que los jóvenes de hoy más necesitan aprender es la importancia de buscar de todo corazón conocer a Dios y obedecerle implícitamente. La ciencia de la salvación del alma humana es la primera lección de la vida. Toda línea de conocimiento literario o científico debe ser secundaria a esta. Conocer a Dios y a Jesucristo a quien Él ha enviado es vida eterna.

«Y esta es la vida eterna: que te conozcan a ti, el único Dios verdadero, y a Jesucristo, a quien has enviado» (Juan 17:3).

## 10. Seriedad de Propósito

Leemos que Daniel «se propuso en su corazón»<sup>1</sup> no comer de los manjares de la mesa del rey, ni beber de sus vinos. Este propósito no se formó sin la debida reflexión y oración, y una vez que tomó su postura, no se movería de ella.

Los compañeros de Daniel también se propusieron con resolución elegir lo real, lo verdadero y lo útil, en lugar de la indulgencia momentánea del apetito y el orgullo. Resolvieron que sus talentos dados por Dios no debían ser pervertidos y debilitados por la indulgencia egoísta. Respetaron su propia hombría. Mantuvieron sus ojos firmemente fijos en el bien que deseaban lograr. Determinaron hacer todo lo que estuviera en su poder para colocarse en una relación correcta con Dios; y el Señor no fue ajeno a su esfuerzo perseverante y serio.

Cuando los cuatro jóvenes hebreos recibían una educación para la corte del rey en Babilonia, no sentían que la bendición del Señor fuera un sustituto del esfuerzo exigente que se les requería. Eran diligentes en el estudio; porque discernían que, por la gracia de Dios, su destino dependía de su propia voluntad y acción. Debían poner toda su capacidad en el trabajo; y mediante una rigurosa y severa exigencia de sus facultades, debían aprovechar al máximo sus oportunidades de estudio y labor.

Mientras estos jóvenes obraban su propia salvación, Dios obraba en ellos tanto el querer como el hacer, por su buena voluntad. Aquí se revelan las condiciones del éxito. Para hacer nuestra la gracia de Dios, debemos hacer nuestra parte. El Señor no se propone realizar por nosotros ni el querer ni el hacer. Su gracia se nos da para obrar en nosotros el querer y el hacer, pero nunca como un sustituto de nuestro esfuerzo. Nuestras almas deben ser despertadas para cooperar. El Espíritu Santo obra en nosotros para que obremos nuestra propia salvación.<sup>2</sup> Esta es la lección práctica que el Espíritu Santo se esfuerza por enseñarnos.

«porque Dios es el que en vosotros produce así el querer como el hacer, por su buena voluntad» (Filipenses 2:13).

El Señor cooperará con todos los que se esfuercen seriamente por ser fieles en su servicio, como cooperó con Daniel y sus tres compañeros. Las finas cualidades mentales y un alto tono de carácter moral no son el resultado del accidente. Dios da oportunidades; el éxito depende del uso que se haga de ellas. Las aberturas de la Providencia deben discernirse rápidamente y aprovecharse con entusiasmo. Muchos podrían convertirse en hombres poderosos si, como Daniel, dependieran de Dios para obtener la gracia de ser vencedores, y para tener fuerza y eficiencia para realizar su trabajo.

Me dirijo a vosotros, jóvenes: Sed fieles. Poned el corazón en vuestro trabajo. No imitéis a nadie que sea perezoso y que preste un servicio dividido. Las acciones, a menudo repetidas, forman hábitos, y los hábitos forman el carácter. Realizad con paciencia los pequeños deberes de la vida. Mientras subestiméis la importancia de la fidelidad en los pequeños deberes, la construcción de vuestro carácter será insatisfactoria. A los ojos de la Omnipotencia, todo deber es importante. El Señor ha dicho:

«El que es fiel en lo muy poco, es fiel también en lo mucho» (Lucas 16:10).

En la vida de un verdadero cristiano no hay cosas no esenciales. Muchos que afirman ser cristianos están actuando con propósitos opuestos a los de Dios. Muchos esperan que se les presente alguna gran obra. Diariamente pierden oportunidades de mostrar su fidelidad a Dios; diariamente dejan de cumplir con todo el corazón los pequeños deberes de la vida, que les parecen poco interesantes. Mientras esperan alguna gran obra en la que puedan ejercer sus supuestos grandes talentos, y así satisfacer sus ambiciosos anhelos, su vida transcurre.

Mis queridos jóvenes amigos, haced el trabajo que tengáis más a mano. Dirigid vuestra atención a alguna línea de esfuerzo humilde a vuestro alcance. Poned mente y corazón en la realización de este trabajo. Forzad vuestros pensamientos a actuar inteligentemente sobre las cosas que podéis hacer en casa. Así os prepararéis para una mayor utilidad. Recordad que del rey Ezequías está escrito:

«En toda obra que comenzó,... la hizo de todo corazón, y prosperó» (2 Crónicas 31:21).

La capacidad de fijar los pensamientos en el trabajo que se tiene entre manos es una gran bendición. Los jóvenes temerosos de Dios deben esforzarse por cumplir sus deberes con cuidadosa consideración, manteniendo los pensamientos en el canal correcto y haciendo lo mejor que puedan. Deben reconocer sus deberes actuales y cumplirlos sin permitir que la mente divague. Este tipo de disciplina mental será útil y beneficiosa a lo largo de la vida. Aquellos que aprendan a poner pensamiento en todo lo que emprenden, por pequeña que parezca la obra, serán de utilidad en el mundo.

Queridos jóvenes, sed serios, sed perseverantes.

«Ceñid los lomos de vuestro entendimiento» (1 Pedro 1:13).

Estad firmes como Daniel, el fiel hebreo, quien se propuso en su corazón ser leal a Dios. No decepcionéis a vuestros padres y amigos. Y hay Otro a quien recordar. No decepcionéis a Aquel que os amó tanto que dio su vida para hacer posible que seáis colaboradores de Dios.

El deseo de honrar a Dios debe ser para nosotros el más poderoso de todos los motivos. Debe llevarnos a hacer todo esfuerzo por mejorar los privilegios y oportunidades que se nos brindan, para que podamos entender cómo usar sabiamente los bienes del Señor. Debe llevarnos a mantener cerebro, huesos, músculos y nervios en la condición más saludable, para que nuestra fuerza física y claridad mental nos hagan administradores fieles.

El interés egoísta, si se le da espacio para actuar, atrofia la mente y endurece el corazón; si se le permite controlar, destruye el poder moral. Luego viene la decepción. El hombre egoísta se ha divorciado de Dios y se ha vendido a búsquedas indignas. No puede ser feliz; porque no puede respetarse a sí mismo. Se ha rebajado en su propia estimación. Es un fracaso.

El verdadero éxito es dado a hombres y mujeres por el Dios que dio éxito a Daniel. Aquel que leyó el corazón de Daniel miró con agrado la pureza de los motivos de su siervo, su determinación de honrar al Señor. Aquellos que en su

vida cumplen el propósito de Dios, deben realizar un esfuerzo minucioso, aplicándose de cerca y seriamente al cumplimiento de todo lo que Él les da para hacer.

Estimado lector, ¿no se determinará usted a ser como Daniel, —un siervo leal y firme del Señor de los ejércitos? El Dios de Daniel obra poderosamente en favor de todo aquel que busca conocer y hacer su voluntad. Mediante la impartición de su Espíritu, Él fortalece todo propósito verdadero, toda noble resolución.

---

<sup>1</sup> Daniel 1:8.

<sup>2</sup> Filipenses 2:12.

## 11. La Visión de la Gran Imagen

EL mismo año en que Daniel y sus compañeros entraron al servicio del rey de Babilonia, ocurrieron acontecimientos que pusieron a prueba severamente la integridad de estos jóvenes hebreos, y revelaron a una nación idólatra el poder y la fidelidad del Dios de Israel.

Mientras el rey Nabucodonosor miraba hacia el futuro con ansiosos presentimientos, tuvo un sueño notable, por el cual...

«...su espíritu se turbó, y su sueño se le fue.» (Daniel 2:1)

Aunque esta visión nocturna dejó una profunda impresión en su mente, le fue imposible recordar los detalles. Acudió a sus astrólogos y magos, y con promesas de gran riqueza y honor les ordenó que le contaran su sueño y su interpretación. Pero ellos dijeron:

«Di a tus siervos el sueño, y nosotros mostraremos la interpretación.» (Daniel 2:4)

El Señor, en Su providencia, tenía un sabio propósito al darle a Nabucodonosor este sueño, y luego al hacerle olvidar los detalles, pero retener la terrible impresión hecha en su mente. El Señor deseaba exponer las pretensiones de los sabios de Babilonia.

El rey sabía que si ellos podían decir la interpretación, también podían decir el sueño. Enojado por su incapacidad para tranquilizar su mente, amenazó con que todos serían muertos si, en un tiempo determinado, el sueño no se daba a conocer. Dijo a los caldeos:

«La cosa se me ha ido; si no me hacéis saber el sueño y su interpretación, seréis hechos pedazos, y vuestras casas serán convertidas en muladares.» (Daniel 2:5)

«Pero si mostráis el sueño y su interpretación, recibiréis de mí dones y recompensas y gran honor; por tanto, mostradme el sueño y su interpretación.» (Daniel 2:6)

Aun así, los sabios dieron la misma respuesta:

«Diga el rey el sueño a sus siervos, y nosotros mostraremos la interpretación de ello.» (Daniel 2:7)

Nabucodonosor comenzó a ver que los hombres en quienes confiaba para revelar misterios por medio de su jactanciosa sabiduría le fallaron en su gran perplejidad, y dijo:

«Ciertamente sé que vosotros tratáis de ganar tiempo, porque veis que la cosa se me ha ido.» (Daniel 2:8)

«Si no me hacéis saber el sueño, una sola sentencia hay para vosotros; pues habéis preparado palabras mentirosas y corrompidas para hablar delante de mí, hasta que cambie el tiempo. Por tanto, decidme el sueño, y así sabré que podéis mostrarme su interpretación.» (Daniel 2:9)

«Los caldeos respondieron delante del rey, y dijeron: No hay hombre sobre la tierra que pueda declarar el asunto del rey; ni tampoco rey, señor ni príncipe que pida cosa semejante a ningún mago ni astrólogo ni caldeo.» (Daniel 2:10)

«El asunto que el rey demanda es cosa difícil, y no hay quien lo pueda declarar al rey, salvo los dioses cuya morada no es con la carne.» (Daniel 2:11)

Por esta causa el rey estaba enojado y muy furioso, y mandó destruir a todos los sabios de Babilonia.

Cuando se emitió el decreto de que todos los sabios de Babilonia debían ser destruidos, se buscó a Daniel y sus compañeros, y se les informó que, de acuerdo con el mandato del rey, debían ser muertos.

«Entonces Daniel respondió, [no con espíritu de represalia, sino] con consejo y sabiduría, a Arioc, capitán de la guardia del rey, que había salido para matar a los sabios de Babilonia.» (Daniel 2:14)

«¿Por qué este decreto tan apresurado de parte del rey?» (Daniel 2:15)

Arriesgando su vida, se atrevió a entrar en presencia del rey, y le rogó que se le concediera tiempo para que pudiera revelar el sueño y su interpretación. A esta petición accedió el monarca.

«Entonces Daniel fue a su casa, e hizo saber lo del asunto a Hananías, Misael y Azarías, sus compañeros,» (Daniel 2:17)

«para que pidiesen misericordias del Dios del cielo acerca de este misterio, a fin de que Daniel y sus compañeros no pereciesen con los demás sabios de Babilonia.» (Daniel 2:18)

Juntos, los jóvenes hebreos presentaron el asunto ante Dios, y buscaron sabiduría de la Fuente de luz y conocimiento. Aunque por un tiempo habían vivido en la corte del rey, rodeados de tentación, no habían olvidado su responsabilidad para con Dios. Eran fuertes en la conciencia de que Su providencia los había puesto donde estaban; que estaban haciendo Su obra y cumpliendo las demandas del deber. Tenían confianza en Dios. En tiempos pasados se habían vuelto a Él en busca de fortaleza cuando estaban en perplejidad y peligro, y Él les había sido una ayuda siempre presente.

Los siervos de Dios no rogaron en vano. Le habían honrado, y en su hora de prueba Él los honró. El Espíritu del Señor reposó sobre Daniel y sus compañeros, y el secreto fue revelado a Daniel en una visión nocturna. Se apresuró a solicitar una entrevista con el rey.

El cautivo judío se paró ante el monarca del imperio más poderoso sobre el que jamás haya brillado el sol. A pesar de sus riquezas y gloria, Nabucodonosor estaba en gran angustia de espíritu, pero el joven exiliado estaba en paz y feliz en su Dios. Entonces, si alguna vez, era una oportunidad para que Daniel se exaltara a sí mismo —para destacar su propia bondad y sabiduría superior. Pero su primer esfuerzo fue renunciar a todo honor para sí mismo, y exaltar a Dios como la Fuente de sabiduría:

«El misterio que el rey demanda, ni sabios, ni astrólogos, ni magos, ni adivinos lo pueden revelar al rey.» (Daniel 2:27)

«Pero hay un Dios en los cielos que revela los misterios, y él ha hecho saber al rey Nabucodonosor lo que ha de acontecer en los postreros días...» (Daniel 2:28)

Daniel procedió a relatar el sueño. Declaró:

«...Tu sueño, y las visiones de tu cabeza sobre tu cama, son estas:» (Daniel 2:28)

«A ti, oh rey, estando en tu cama, te surgieron pensamientos sobre lo que había de ser en lo por venir; y el que revela los misterios te ha mostrado lo que ha de ser.» (Daniel 2:29)

«Y a mí, este misterio no me ha sido revelado por sabiduría que haya en mí más que en todos los vivientes, sino para que se dé a conocer la interpretación al rey, y para que entiendas los pensamientos de tu corazón.» (Daniel 2:30)

«Tú, oh rey, veías, y he aquí una gran imagen. Esta imagen, cuya brillantez era excelente, estaba en pie delante de ti, y su aspecto era terrible.» (Daniel 2:31)

«La cabeza de esta imagen era de oro fino; su pecho y sus brazos, de plata; su vientre y sus muslos, de bronce;» (Daniel 2:32)

«sus piernas, de hierro; sus pies, en parte de hierro y en parte de barro cocido.» (Daniel 2:33)

«Estabas mirando hasta que una piedra fue cortada, no con mano, la cual hirió a la imagen en sus pies de hierro y de barro cocido, y los desmenuzó.» (Daniel 2:34)

«Entonces fueron desmenuzados también el hierro, el barro cocido, el bronce, la plata y el oro, y fueron como tamo de las eras de verano; y se los llevó el viento, y ningún lugar se encontró para ellos. Mas la piedra que hirió a la imagen fue hecha un gran monte que llenó toda la tierra.» (Daniel 2:35)

Escuchando con solemne atención mientras se reproducía cada detalle, el rey reconoció este como el sueño que tanto le había turbado; y estaba preparado para recibir con agrado la interpretación. Habiendo descrito la imagen que el rey había visto, Daniel dio la interpretación, prediciendo los notables acontecimientos que habrían de tener lugar en la historia profética:

«Tú, oh rey, eres rey de reyes; porque el Dios del cielo te ha dado reino, poder, fuerza y gloria.» (Daniel 2:37)

«Y dondequiera que habitan los hijos de hombres, bestias del campo y aves del cielo, él los ha entregado en tu mano, y te ha hecho que tengas dominio sobre todo ello. Tú eres aquella cabeza de oro.» (Daniel 2:38)

«Y después de ti se levantará otro reino inferior al tuyo; y luego un tercer reino de bronce, el cual dominará sobre toda la tierra.» (Daniel 2:39)

«Y el cuarto reino será fuerte como hierro; y como el hierro desmenuza y rompe todas las cosas, y como el hierro que todo lo rompe, desmenuzará y quebrantará todo.» (Daniel 2:40)

«Y lo que viste de los pies y los dedos, en parte de barro cocido de alfarero y en parte de hierro, será un reino dividido; mas habrá en él algo de la fuerza del hierro, así como viste hierro mezclado con barro cocido.» (Daniel 2:41)

«Y por ser los dedos de los pies en parte de hierro y en parte de barro cocido, el reino será en parte fuerte y en parte frágil.» (Daniel 2:42)

«Así como viste el hierro mezclado con barro cocido, así se mezclarán por medio de alianzas humanas; pero no se unirán el uno con el otro, como el hierro no se mezcla con el barro.» (Daniel 2:43)

«Y en los días de estos reyes, el Dios del cielo levantará un reino que no será jamás destruido, ni será el reino dejado a otro pueblo; desmenuzará y consumirá a todos estos reinos, pero él permanecerá para siempre.» (Daniel 2:44)

«De la manera que viste que del monte fue cortada una piedra, no con mano, la cual desmenuzó el hierro, el bronce, el barro, la plata y el oro; el gran Dios ha mostrado al rey lo que ha de acontecer en lo por venir; y el sueño es verdadero, y fiel su interpretación.» (Daniel 2:45)

Nabucodonosor sintió que podía aceptar esta interpretación como una revelación divina; porque a Daniel se le había revelado cada detalle del sueño. Las solemnes verdades transmitidas por la interpretación de esta visión nocturna causaron una profunda impresión en la mente del soberano, y con humildad y asombro...

«Entonces el rey Nabucodonosor cayó sobre su rostro, y se postró, [diciendo,]» (Daniel 2:46)

«Ciertamente el Dios vuestro es Dios de dioses, y Señor de los reyes, y el que revela los misterios, pues pudiste revelar este secreto.» (Daniel 2:47)

La exposición de Daniel de este sueño resultó en que el rey le confiriera honor y dignidad a él y a sus compañeros.

«Entonces el rey engrandeció a Daniel, y le dio muchos grandes dones, y le hizo gobernador de toda la provincia de Babilonia, y jefe de los gobernadores sobre todos los sabios de Babilonia.» (Daniel 2:48)

«Y Daniel pidió al rey, y este puso sobre los negocios de la provincia de Babilonia a Sadrac, Mesac y Abed-nego; y Daniel estaba en la corte del rey.» (Daniel 2:49)

«*La puerta del rey*» era un lugar donde se impartía justicia. Los tres compañeros de Daniel fueron nombrados consejeros, jueces y gobernantes en la tierra. Estos hombres no se hincharon de vanidad, sino que vieron y se regocijaron de que Dios fuera reconocido por encima de todos los potentados terrenales, y que Su reino fuera ensalzado por encima de todos los reinos terrenales.

El Señor estaba obrando en el reino babilónico, y comunicando luz a los cuatro jóvenes hebreos, para que Él pudiera representar Su obra ante la nación idólatra. Revelaría que tenía poder sobre los reinos del mundo —poder para entronizar y destronar reyes.

El Rey sobre todos los reyes estaba comunicando grandes verdades al monarca babilónico, y despertando en su mente una comprensión de su responsabilidad para con Dios. Nabucodonosor vio claramente la diferencia entre la sabiduría de Dios y la sabiduría de los hombres más sabios de su reino.

Los acontecimientos del futuro, que se extienden hasta el fin de los tiempos, fueron abiertos ante el rey de Babilonia, para que pudiera tener luz sobre este importante tema. El registro del sueño y su interpretación fue trazado por la pluma profética, para que los gobernantes de los reinos que sucederían a Babilonia pudieran tener la misma luz.

## 12. El Deterioro Moral de la Nación

«La justicia engrandece a la nación; mas el pecado es afrenta de las naciones.»  
(Proverbios 14:34)

La imagen revelada a Nabucodonosor, si bien representa el deterioro de los reinos de la tierra en poder y gloria, también representa apropiadamente el deterioro de la religión y la moralidad entre los pueblos de estos reinos. A medida que las naciones olvidan a Dios, en igual proporción se vuelven moralmente débiles.

Babilonia desapareció porque en su prosperidad olvidó a Dios y atribuyó la gloria de su prosperidad al logro humano.

El reino Medo-Persa fue visitado por la ira del cielo porque en este reino la ley de Dios fue pisoteada. El temor del Señor no encontró lugar en el corazón del pueblo. Las influencias predominantes en Medo-Persia fueron la maldad, la blasfemia y la corrupción.

Los reinos que siguieron fueron aún más viles y corruptos. Se deterioraron porque renunciaron a su lealtad a Dios. A medida que lo olvidaron, se hundieron más y más bajo en la escala de valor moral.

El vasto imperio de Roma se desmoronó, y de sus ruinas surgió esa poderosa fuerza, la Iglesia Católica Romana. Esta iglesia se jacta de su infalibilidad y de su religión hereditaria. Pero esta religión es un horror para todos los que están familiarizados con los secretos del misterio de la iniquidad. Los sacerdotes de esta iglesia mantienen su ascendencia al mantener al pueblo en ignorancia de la voluntad de Dios, tal como se revela en las Escrituras.

Es el pecado lo que está arruinando a las naciones hoy. Incluso muchos líderes en el mundo religioso no tienen una buena conciencia hacia Dios. Muchos de los que afirman ser protestantes no tienen la fe en la palabra de Dios que Lutero tuvo en los primeros días de la Reforma. Han abandonado los antiguos hitos y dependen de la ceremonia y la ostentación formal para compensar su falta

de pureza y piedad, la mansedumbre y la humildad, que se encuentran en la obediencia a Dios.

No hay un verdadero estándar de justicia aparte de la ley de Dios. Mediante la obediencia a esta ley, el intelecto se fortalece y la conciencia se ilumina y se vuelve sensible. Los jóvenes necesitan obtener una comprensión clara de la ley de Dios. No se les deja seguir ciegamente la guía de los hombres. Los grandes hitos proféticos que Dios mismo ha establecido muestran que el camino de la obediencia es el único camino que se puede seguir con certeza.

Aquellos que aman y obedecen la ley de Dios encontrarán pruebas y tentaciones; pero si esperan y oran, y confían en Su palabra, podrán decir, con Pablo:

«Por lo cual estoy seguro de que ni la muerte, ni la vida, ni ángeles, ni principados, ni potestades, ni lo presente, ni lo por venir, ni lo alto, ni lo profundo, ni ninguna otra criatura nos podrá separar del amor de Dios, que es en Cristo Jesús Señor nuestro.» (Romanos 8:38-39)

Mis queridos jóvenes amigos, ¿se han entregado por completo a Dios para hacer Su voluntad? ¿Son transformados por la gracia de Cristo? Algunos afirman ser uno con Cristo, mientras que su obra especial es anular la ley de Dios. ¿Aceptarán sus afirmaciones? ¿Cómo distinguirán a los verdaderos siervos de Dios de los falsos profetas que Cristo dijo que surgirían para engañar a muchos? Solo hay una prueba de carácter: *la santa ley de Dios*.

Vivimos en un período trascendental de la historia de esta tierra. El conflicto final está ante nosotros. Vemos el mundo corrompido bajo sus habitantes. Las agencias satánicas han hecho de la tierra un escenario de horrores que ningún idioma puede describir. La guerra y el derramamiento de sangre son llevados a cabo por naciones que afirman ser cristianas. El desprecio por la ley de Dios ha traído el resultado seguro.

«Porque no tenemos lucha contra sangre y carne, sino contra principados, contra potestades, contra los gobernadores de las tinieblas de este mundo, contra huestes espirituales de maldad en las regiones celestes. Por tanto, tomad toda la armadura de

Dios, para que podáis resistir en el día malo, y habiendo acabado todo, estar firmes. Fortaleceos en el Señor, y en el poder de su fuerza. Vestíos de toda la armadura de Dios, para que podáis estar firmes contra las asechanzas del diablo.» (Efesios 6:12-13, 10-11)

Habrà un conflicto agudo entre aquellos que son leales a Dios y aquellos que desprecian Su ley. La iglesia ha unido sus manos con el mundo. La reverencia por la ley de Dios ha sido subvertida. Los líderes religiosos han enseñado como doctrina los mandamientos de los hombres. Como fue en los días de Noé, así es en esta era.

Pero, ¿acaso la prevalencia de la deslealtad y la transgresión hará que aquellos que han reverenciado la ley de Dios le tengan menos respeto, o que se unan a los poderes de la tierra en un intento de anularla?

La prueba llega a cada uno. Solo hay dos bandos. Querido joven lector, ¿de qué lado estás?

### **13. La obediencia, la condición del favor de Dios**

La fuerza de las naciones y de los individuos no se encuentra en las oportunidades y facilidades que parecen hacerlos invencibles; no se encuentra en su jactanciosa grandeza. Aquello que por sí solo puede hacerlos grandes o fuertes es el poder de Dios. Ellos mismos, por su actitud hacia Su propósito, deciden su propio destino.

Las historias humanas relatan los logros del hombre, sus victorias en batalla, su éxito en alcanzar la grandeza mundana. La historia de Dios describe al hombre como el cielo lo ve. En los registros divinos, todo su mérito consiste en su obediencia a los requisitos de Dios. Su desobediencia es fielmente narrada como merecedora del castigo que sin duda recibirá. A la luz de la eternidad se verá que Dios trata con los hombres de acuerdo con la trascendental cuestión de la obediencia o la desobediencia.

Cientos de años antes de que ciertas naciones entraran en escena, el Omnisciente observó a través de las edades y predijo, por medio de Sus siervos los profetas, el ascenso y la caída de los reinos universales.

El profeta Daniel, al interpretar al rey de Babilonia el sueño de la gran imagen —una imagen simbólica de los reinos del mundo—, declaró a Nabucodonosor que su reino sería suplantado. Su grandeza y poder en el mundo de Dios tendrían su día, y surgiría un segundo reino, que también tendría su período de prueba en cuanto a si exaltaría al único Gobernante, el único Dios verdadero. Al no hacerlo, su gloria se desvanecería, y un tercer reino ocuparía su lugar. Probado por la obediencia o la desobediencia, este también desaparecería; y un cuarto, fuerte como el hierro, sometería a las naciones del mundo.

Estas predicciones del Infinito, registradas en la página profética y trazadas en las páginas de la historia, fueron dadas para demostrar que Dios es el poder gobernante en los asuntos de este mundo. Él cambia los tiempos y las estaciones, quita reyes y pone reyes, para cumplir Su propio propósito.

Bajo el rey Nabucodonosor, Babilonia fue el reino más rico y poderoso de la tierra. Sus riquezas y esplendor han sido levemente retratados por la Inspiración. Pero no cumplió el propósito de Dios; y cuando llegó su tiempo, este reino de orgullo y poder, gobernado por hombres del más alto intelecto, fue quebrantado, destrozado, indefenso. Cristo ha declarado:

«Sin mí nada podéis hacer» (Juan 15:5)

Los ilustres estadistas de Babilonia no se consideraban dependientes de Dios. Pensaron que habían creado toda su grandeza y exaltación. Pero cuando Dios habló, fueron como la hierba que se marchita y la flor de la hierba que se desvanece. Solo la palabra y la voluntad de Dios perduran para siempre.

«Voz que decía: Da voces. Y yo pregunté: ¿Qué he de decir a voces? Que toda carne es hierba, y toda su gloria como flor del campo:

La hierba se seca, y la flor se marchita, porque el viento de Jehová sopla en ella; ciertamente como hierba es el pueblo.

Sécase la hierba, marchítase la flor; mas la palabra del Dios nuestro permanece para siempre» (Isaías 40:6-8)

Si estos diversos reinos hubieran tenido siempre el temor del Señor ante ellos, se les habría dado sabiduría y poder, lo cual los habría unido y mantenido fuertes. Pero los gobernantes de los reinos del mundo hicieron de Dios su fuerza solo cuando estaban acosados y perplejos. Al no obtener ayuda de sus grandes hombres, la buscaron de hombres como Daniel, hombres que sabían que honraban al Dios viviente y que eran honrados por Él. A estos hombres apelaron para que les desentrañaran los misterios de la Providencia; pues se habían separado tanto de Dios por la transgresión que no podían entender Sus advertencias. Se vieron obligados a apelar a aquellos cuyas mentes estaban iluminadas por la luz celestial, para una explicación de los misterios que no podían comprender.

La voz de Dios, oída en épocas pasadas, resuena a lo largo de la línea, de siglo en siglo, a través de generaciones que han aparecido en la escena de la acción y han desaparecido. ¿Hablará Dios, y Su voz no será respetada? ¿Qué poder trazó

toda esta historia, para que las naciones, una tras otra, surgieran en el tiempo predicho y ocuparan su lugar asignado, testificando inconscientemente la verdad de aquello cuyo significado ellas mismas no conocían?

Los siglos tienen su misión. Cada momento tiene su obra. Cada uno está pasando a la eternidad con su carga,

«Bien, buen siervo y fiel» (Mateo 25:21)

—o,

«Siervo malo y negligente» (Mateo 25:26)

Dios sigue tratando con los reinos terrenales. Él está en las grandes ciudades.

«Sus ojos observan, Sus párpados examinan [los actos de los] hijos de los hombres» (Salmos 11:4)

No debemos decir: «Dios fue», sino: «Dios es». Él ve la caída del gorrión, la hoja que cae del árbol y al rey destronado. Todo está bajo el control del Infinito. Todo está cambiando. Ciudades y naciones están siendo medidas por la plomada en la mano de Dios.<sup>3</sup> Él nunca se equivoca. Lee correctamente. Todo lo terrenal es inestable, pero la verdad permanece para siempre.

A los ojos del mundo, quienes sirven a Dios pueden parecer débiles. Pueden estar aparentemente hundiéndose bajo las olas, pero con la siguiente ola, se les ve elevándose más cerca de su refugio.

«Yo les doy vida eterna; [dice nuestro Señor,] y no perecerán jamás, ni nadie las arrebatará de mi mano» (Juan 10:28)

Aunque los reyes sean derribados y las naciones removidas, las almas que por medio de la fe se unen al propósito de Dios permanecerán para siempre.

«Los entendidos resplandecerán como el resplandor del firmamento; y los que enseñan la justicia a la multitud, como las estrellas a perpetua eternidad» (Daniel 12:3)

<sup>3</sup> Zacarías 4:10.

## 14. La Verdadera Sabiduría

Los eventos proféticos relacionados en el sueño de Nabucodonosor fueron de consecuencia para él, pero el sueño le fue quitado para que los sabios no le dieran una falsa interpretación. Las lecciones enseñadas por el sueño fueron dadas por Dios para aquellos que viven en nuestros días. La incapacidad de los sabios para relatar el sueño es una representación de las limitaciones de los sabios de hoy, quienes, al no tener sabiduría y discernimiento del Altísimo, son incapaces de comprender las profecías.

Aunque sea instruido en el saber del mundo, el hombre que no escucha lo que el Señor dice en Su palabra, y que no abre su corazón para recibir esta palabra, para poder dársela a otros, no es un representante del Dios del cielo. No muchos hombres grandes y eruditos de la tierra recibirán con agrado la verdad para vida eterna, aunque a todos ellos la verdad les será proclamada.

Jóvenes y señoritas pueden obtener la más alta educación terrenal, y aun así ser ignorantes de los primeros principios que los harían súbditos del reino de Dios. El aprendizaje humano no puede calificar a nadie para el reino celestial. Los súbditos del reino de Cristo no se forman así por formas y ceremonias, ni por un largo estudio de libros.

«Y esta es la vida eterna: que te conozcan a ti, el único Dios verdadero, y a Jesucristo, a quien has enviado» (Juan 17:3)

Los miembros del reino de Cristo son miembros de Su cuerpo, del cual Él mismo es la cabeza. Ellos son los hijos escogidos de Dios,

«...real sacerdocio, nación santa, pueblo adquirido por Dios, para que anunciéis las virtudes de aquel que os llamó de las tinieblas a su luz admirable» (1 Pedro 2:9)

Las Escrituras del Antiguo y del Nuevo Testamento necesitan ser estudiadas diariamente. El conocimiento de Dios y la sabiduría de Dios llegan al estudiante que es un aprendiz constante de Sus caminos y obras. La Biblia debe ser nuestra luz, nuestra educadora.

Cuando los jóvenes aprenden a creer que Dios envía el rocío, la lluvia y la luz del sol del cielo, haciendo que la vegetación florezca; cuando se dan cuenta de que todas las bendiciones vienen de Él, y que a Él se le debe gratitud y alabanza, serán guiados a reconocer a Dios en todos sus caminos, y a cumplir con fidelidad sus deberes día tras día; Dios estará en todos sus pensamientos. Entonces podrán confiar en Él para el mañana, y evitar la preocupación ansiosa que trae infelicidad a la vida de tantos.

«Mas buscad primeramente el reino de Dios y su justicia, y todas estas cosas os serán añadidas» (Mateo 6:33)

Muchos jóvenes, al hablar de ciencia, son sabios por encima de lo que está escrito; buscan explicar, por algo que satisface su comprensión finita, los caminos y la obra de Dios; pero todo es un lamentable fracaso. La verdadera ciencia y la Inspiración están en perfecta armonía. La falsa ciencia es algo independiente de Dios. Es ignorancia pretenciosa.

Uno de los mayores males que ha acompañado la búsqueda del conocimiento, la investigación científica, es que aquellos que se involucran en estas investigaciones con demasiada frecuencia pierden de vista el carácter divino de la religión pura y sin adulterar. Los sabios del mundo han intentado explicar, sobre principios científicos, la influencia del Espíritu de Dios sobre el corazón. El menor avance en esta dirección llevará la mente a los laberintos del escepticismo. La religión de la Biblia es simplemente el misterio de la piedad; ninguna mente humana puede comprenderla plenamente, y es absolutamente incomprensible para el corazón no regenerado.

Los jóvenes no se volverán débiles de mente o ineficientes al consagrarse al servicio de Dios. Para muchos, la educación significa un conocimiento de libros; pero:

«El temor de Jehová es el principio de la sabiduría» (Salmos 111:10 [también Proverbios 9:10])

El niño más pequeño que ama y teme a Dios es mayor a Sus ojos que el hombre más talentoso y erudito que descuida el asunto de la salvación personal.

Los jóvenes que consagran sus corazones y vidas a Dios se están conectando con la Fuente de toda sabiduría y excelencia.

Si los jóvenes aprenden del Maestro celestial, como lo hizo Daniel, sabrán por sí mismos que el temor del Señor es, en verdad, el principio de la sabiduría. Habiendo así sentado una base segura, pueden, como Daniel, aprovechar al máximo cada privilegio y oportunidad, y pueden ascender a cualquier altura en logros intelectuales. Consagrados a Dios, y teniendo la protección de Su gracia y la influencia vivificante de Su Espíritu Santo, manifestarán un poder intelectual más profundo que el mero mundano.

Aprender ciencia a través de la interpretación que los hombres le han dado, es obtener una educación falsa. Aprender de Dios, y de Jesucristo, a quien Él ha enviado, es aprender la ciencia de la Biblia. Los de corazón puro ven a Dios en cada providencia, en cada fase de la verdadera educación. Reconocen el primer acercamiento de la luz que irradia del trono de Dios. Las comunicaciones del cielo se hacen a aquellos que captan los primeros destellos del conocimiento espiritual.

Los estudiantes de nuestras escuelas deben considerar el conocimiento de Dios por encima de todo lo demás. Solo mediante la búsqueda en las Escrituras se puede alcanzar este conocimiento.

### **1 Corintios 1**

«Porque la palabra de la cruz es locura a los que se pierden; pero a los que se salvan, esto es, a nosotros, es poder de Dios» (1 Corintios 1:18)

«Pues está escrito: Destruiré la sabiduría de los sabios, y desecharé el entendimiento de los entendidos» (1 Corintios 1:19)

«Porque lo insensato de Dios es más sabio que los hombres, y lo débil de Dios es más fuerte que los hombres» (1 Corintios 1:25)

«Mas por él estáis vosotros en Cristo Jesús, el cual nos ha sido hecho por Dios sabiduría, justificación, santificación y redención» (1 Corintios 1:30)

«para que, como está escrito: El que se gloría, gloriése en el Señor» (1 Corintios 1:31)

## 15. La palabra profética de Dios

Cuando el sueño de Nabucodonosor de la gran imagen le fue revelado a Daniel en una visión nocturna, su primer acto fue agradecer a Dios por esta revelación. Él exclamó:

«Bendito sea el nombre de Dios por los siglos de los siglos, porque suyos son la sabiduría y el poder: Y Él cambia los tiempos y las estaciones: quita reyes, y pone reyes: da sabiduría a los sabios y conocimiento a los entendidos: Él revela lo profundo y secreto: conoce lo que está en la oscuridad, y la luz mora con Él. Te doy gracias y te alabo, oh Dios de mis padres, que me has dado sabiduría y poder, y ahora me has dado a conocer lo que te pedimos: porque ahora nos has dado a conocer el asunto del rey». (Daniel 2:20-23)

En edades pasadas, el Señor Dios del cielo reveló Sus secretos a Sus profetas. El presente y el futuro son igualmente claros para Él. La voz de Dios resuena a través de los siglos, diciendo al hombre lo que ha de suceder. Reyes y príncipes ocupan sus lugares en el tiempo señalado. Piensan que están llevando a cabo sus propios propósitos, pero en realidad están cumpliendo la palabra que Dios ha hablado.

Pablo declara que los registros de los tratos de Dios con la humanidad en el pasado...

«...fueron escritos para amonestación nuestra, a quienes han alcanzado los fines de los siglos». (1 Corintios 10:11)

La historia de Daniel nos es dada para nuestra amonestación.

«El secreto de Jehová es con los que le temen». (Salmos 25:14)

El Dios de Daniel aún vive y reina. Él no ha cerrado el cielo a Su pueblo. Como en la era judía, así también en esta era, Dios revela Sus secretos a Sus siervos los profetas. El apóstol Pedro dice:

«Tenemos también la palabra profética más segura; a la cual hacéis bien en estar atentos como a una antorcha que alumbra en lugar oscuro, hasta que el día amanezca y el lucero de la mañana salga en vuestros corazones:

Sabiendo esto primero, que ninguna profecía de la Escritura es de interpretación privada;

Porque la profecía nunca fue traída por voluntad humana, sino que los santos hombres de Dios hablaron siendo inspirados por el Espíritu Santo». (2 Pedro 1:19-21)

Los incrédulos e impíos no discernen la importancia de las señales de los tiempos, predichas en la palabra profética. Por ignorancia pueden negarse a aceptar el registro inspirado. Pero cuando los cristianos profesos hablan con desprecio de los modos y medios empleados por el gran YO SOY para dar a conocer Sus propósitos, demuestran ser ignorantes tanto de las Escrituras como del poder de Dios. El Creador sabe exactamente con qué elementos tiene que tratar en la naturaleza humana. Él sabe qué medios emplear para obtener los resultados deseados.

La palabra del hombre falla. Quien hace de las afirmaciones de los hombres su dependencia, bien puede temblar; porque algún día será como un barco naufragado. La palabra de Dios es infalible y perdura para siempre. Cristo declara:

«De cierto os digo que hasta que pasen el cielo y la tierra, ni una jota ni una tilde pasará de la ley, hasta que todo se cumpla». (Mateo 5:18)

La palabra de Dios perdurará por todas las edades incesantes de la eternidad.

## 16. Una perversión de la verdad

El sueño de la gran imagen, mediante el cual se le revelaron eventos futuros que se extendían hasta el fin de los tiempos, le fue dado a Nabucodonosor para que comprendiera el papel que había de desempeñar en la historia del mundo, y también la relación que su reino mantenía con el reino de los cielos.

Este maravilloso sueño causó un cambio notable en sus ideas y opiniones, y por un corto tiempo fue influenciado por el temor de Dios; pero su corazón aún no estaba limpio de su orgullo, su ambición mundana, su deseo de autoexaltación.

El profeta Daniel describió al rey Nabucodonosor el ascenso y la caída de los reinos que sucederían a Babilonia; pero el rey no atesoró la convicción que llegó a su mente con respecto a la caída de todos los gobiernos terrenales y la grandeza y el poder del reino de Jehová. Después de que la primera impresión se disipó, solo pensó en su propia grandeza y estudió cómo el sueño podría convertirse en su propio honor. Las palabras:

«Tú eres aquella cabeza de oro» (Daniel 2:38)

—causaron la más profunda impresión en la mente de Nabucodonosor. Al ver esto, los sabios que no habían podido revelar su sueño, propusieron que hiciera una imagen similar a la que él había visto, y que la erigiera donde todos pudieran contemplar la cabeza de oro, que era una representación de su reino.

Esta sugerencia agradó al rey. Su orgullo fue halagado por la idea de que así podría representar su grandeza; y en lugar de simplemente reproducir la imagen vista en su sueño, determinó hacer una imagen que superara a la original. Esta imagen no debía deteriorarse en valor de la cabeza a los pies, como la que se le había mostrado, sino que debía estar compuesta enteramente del metal más precioso.

Así, toda la imagen representaría la grandeza de Babilonia; y él determinó que por el esplendor de esta imagen la profecía concerniente a los reinos que habrían

de seguir, fuera borrada de su mente, y de las mentes de otros que habían oído el sueño y su interpretación.

Dios había hablado claramente con respecto al reino celestial. Daniel dijo:

«En los días de estos reyes, el Dios del cielo levantará un reino que no será jamás destruido: ni será el reino dejado a otro pueblo; desmenuzará y consumirá todos estos reinos, pero él permanecerá para siempre» (Daniel 2:44).

«...el sueño es verdadero, y fiel su interpretación» (Daniel 2:45).

El rey había reconocido el poder de Dios. Diciendo:

«Ciertamente el Dios vuestro es Dios de dioses,...y revelador de secretos...» (Daniel 2:47).

Pero a pesar de este reconocimiento, los años de prosperidad que siguieron llenaron su corazón de orgullo, y olvidó a Dios, reanudando su adoración de ídolos con un celo y una intolerancia crecientes, y atesorando la idea de que el reino babilónico permanecería para siempre.

En el momento en que Nabucodonosor vio la visión de la gran imagen, se había propuesto destruir a los sabios, porque discernió sus engaños y se convenció de que no tenían el conocimiento y el poder que decían poseer. Solo por la intercesión de Daniel habían sido salvados de una muerte cruel e ignominiosa.

El rey ahora se unió a estos hombres para planear deshonar al Dios de Daniel. La luz que se había permitido brillar desde el cielo sobre Nabucodonosor fue utilizada para servir a su orgullo y autoexaltación. Los sabios, en consulta con el rey, concluyeron que Babilonia era el reino que destruiría en pedazos a todos los demás reinos; y se esforzaron por hacer una imagen que representaría a Babilonia como eterna, indestructible, todopoderosa, un reino que permanecería para siempre.

De los tesoros obtenidos en la guerra,

«[Nabucodonosor] hizo una estatua de oro, cuya altura era de sesenta codos, y su anchura de seis codos; la levantó en el campo de Dura, en la provincia de Babilonia» (Daniel 3:1).

Esta imagen fue colocada en una posición conspicua, y se emitió una proclamación para que todos la adoraran. Así, la gran lección que Dios había dado a los gentiles a través de la visión de la gran imagen, fue malinterpretada y mal aplicada.

- Aquello que fue diseñado por Dios para dar al mundo rayos de luz claros y distintos, Nabucodonosor lo desvió de su propósito, haciéndolo servir a su orgullo y vanidad.
- La ilustración profética de la gloria de Dios fue hecha para servir a la glorificación de la humanidad.
- El símbolo diseñado para revelar eventos importantes fue usado como un símbolo que obstaculizaría la difusión del conocimiento que Dios deseaba que los reinos del mundo recibieran.

Por la magnificencia y belleza de su imagen, el rey buscó hacer que el error pareciera más atractivo, más poderoso, que las verdades que Dios había revelado.

Aquellos que están dispuestos a ser enseñados, pueden aprender una lección de la conducta del rey de Babilonia. Así como Satanás buscó hacer que la luz dada por Dios sirviera a sus propios propósitos, llevando al rey a trabajar para su propia gloria en lugar de la gloria de Dios, así el enemigo trabaja hoy para pervertir la verdad con el fin de obstaculizar los propósitos de Dios.

La verdad sin mezcla de error, es un poder poderoso para salvar; pero si permitimos que el enemigo trabaje a través de nosotros; si, por medio de la luz que se nos ha dado, buscamos exaltar el yo, incluso la verdad, pervertida, puede convertirse en un poder para el mal.

## **17. El Horno Ardiente**

La imagen de oro erigida en la llanura de Dura, una imagen de noventa pies de altura y nueve de ancho, presentaba una apariencia imponente y majestuosa.

Nabucodonosor emitió una proclamación, convocando a todos los oficiales del reino a congregarse para la dedicación de esta imagen y, al son de los instrumentos musicales, a postrarse y adorarla. Si alguno no lo hacía, sería inmediatamente arrojado en medio de un horno de fuego ardiente.

El día señalado llegó, y al son de la música la vasta compañía que se había reunido por orden del rey,

«...se postraron y adoraron la imagen de oro.» (Daniel 3:7)

«En aquel tiempo se acercaron ciertos caldeos,...» (Daniel 3:8)

«...y dijeron al rey Nabucodonosor: ¡Oh rey, vive para siempre!» (Daniel 3:9)

«Hay ciertos judíos a quienes has puesto sobre los asuntos de la provincia de Babilonia, Sadrac, Mesac y Abed-nego; estos hombres, oh rey, no te han respetado: no sirven a tus dioses ni adoran la imagen de oro que has levantado.» (Daniel 3:12)

Lleno de ira, el rey mandó que le trajeran a los hombres. Preguntó:

«...¿Es verdad, no servís a mis dioses ni adoráis la imagen de oro que he levantado?»  
(Daniel 3:14)

Señalando el horno enfurecido, les recordó el castigo que recibirían si se negaban a obedecer su voluntad. El rey decidió darles una segunda oportunidad. Dijo:

«Si estáis listos, al tiempo que oigáis el sonido de la corneta, la flauta, el arpa, el sambuca, el salterio y la dulzaina, y toda clase de música, os postráis y adoráis la imagen que he hecho; bien; pero si no la adoráis, en la misma hora seréis arrojados en medio de un horno de fuego ardiente;...» (Daniel 3:15)

Entonces, con la mano extendida hacia arriba en desafío, preguntó:

«...¿Y quién es aquel Dios que os libraré de mis manos?» (Daniel 3:15)

En vano fueron las amenazas del rey. No pudo apartar a estos nobles hombres de su lealtad al gran Gobernante de las naciones. De la historia de sus padres, habían aprendido que la desobediencia a Dios resulta en deshonra, desastre y muerte; que el temor del Señor no es solo el principio de la sabiduría, sino el fundamento de toda verdadera prosperidad. Sabían que le debían a Dios cada

facultad que poseían; y aunque sus corazones estaban llenos de generosa simpatía hacia todos los hombres, tenían una elevada aspiración de demostrarse leales a Dios.

Cuando el rey estaba preocupado por su sueño, estos hombres, junto con Daniel, habían ayunado y orado para que pudieran entender el sueño. El Señor había escuchado sus clamores, y le había dado a Daniel sabiduría para interpretar el sueño al rey. Así, sus propias vidas y las vidas de los astrólogos y adivinos habían sido salvadas.

Ahora bien, los mismos hombres que habían escapado de la muerte por la misericordia de Dios hacia Sus siervos, habían sido los principales impulsores para asegurar el decreto respecto a la adoración de la imagen de oro. Pero los tres hebreos no mencionaron estas cosas; sabían que una controversia con el rey solo aumentaría su furia.

De pie ante el monarca enfurecido, con la imagen a la vista y el sonido de la música cautivadora en sus oídos, estos jóvenes recordaron la promesa hecha al profeta Isaías más de cien años antes:

«No temas, porque yo te he redimido; te he llamado por tu nombre; mío eres tú.»  
(Isaías 43:1)

«Cuando pases por las aguas, yo estaré contigo; cuando andes por el fuego, no te quemarás, ni la llama prenderá en ti.» (Isaías 43:2)

La respuesta de Sadrac, Mesac y Abed-nego fue respetuosa, pero decidida. Mirando con calma el horno ardiente y la multitud idólatra, dijeron:

«Oh Nabucodonosor, no necesitamos responderte sobre este asunto.» (Daniel 3:16)

«Si es así [si esta es tu decisión], nuestro Dios a quien servimos nos libraré de tu mano, oh rey.» (Daniel 3:17)

Estos jóvenes hebreos tenían una fe inquebrantable en Dios, y estaban decididos a honrarle a cualquier costo. Su fe se fortaleció con la declaración de que Dios sería glorificado al librarlos, y con un tono triunfante de confianza en sus voces, añadieron:

«Y si no, sépase, oh rey, que no serviremos a tus dioses, ni tampoco adoraremos la imagen de oro que has levantado.» (Daniel 3:18)

El orgulloso monarca estaba rodeado por sus grandes hombres, los oficiales del gobierno y el ejército que había conquistado naciones; y todos se unieron para aplaudirle como poseedor de la sabiduría y el poder de los dioses. En medio de esta imponente exhibición se encontraban los tres jóvenes hebreos, persistiendo firmemente en su negativa a obedecer el decreto del rey. Habían sido obedientes a las leyes de Babilonia, en tanto que estas no entraran en conflicto con las exigencias de Dios; pero no se apartarían ni un ápice del deber que debían a su Creador.

La ira del rey no conoció límites. En el apogeo mismo de su poder y gloria, ser así desafiado por los representantes de una raza despreciada y cautiva fue un insulto que su orgulloso espíritu no podía soportar. Mandó que el horno se calentara siete veces más de lo acostumbrado. Y sin demora los exiliados hebreos fueron arrojados dentro. Tan furiosas eran las llamas, que los hombres que arrojaron a los hebreos murieron quemados.

De repente, el rostro del rey palideció de terror. Miró fijamente las llamas resplandecientes y, volviéndose a sus señores, en tono de alarma preguntó:

«¿No echamos a tres hombres atados en medio del fuego?...» (Daniel 3:24)

La respuesta fue:

«...Verdad, oh rey.» (Daniel 3:24)

Con la voz temblando de emoción, el monarca exclamó:

«¡He aquí, veo cuatro hombres sueltos, que se pasean en medio del fuego, y ningún daño hay en ellos; y el aspecto del cuarto es semejante al Hijo de Dios!» (Daniel 3:25)

Cuando Cristo se manifiesta a los hijos de los hombres, un Poder invisible habla a sus almas. Se dan cuenta de que están en la presencia del Infinito. Ante Su majestad, reyes y nobles tiemblan y reconocen al Dios viviente como superior a todo poder terrenal. Los cautivos hebreos le habían hablado a Nabucodonosor

de Cristo, el Redentor que había de venir, y por la descripción así dada, el rey reconoció la forma del cuarto en el horno ardiente como el Hijo de Dios.

Olvidada su propia grandeza y dignidad, Nabucodonosor descendió de su trono y se apresuró hacia el horno. Con remordimiento y vergüenza exclamó:

«...Siervos del Dios Altísimo, salid.» (Daniel 3:26)

Y obedecieron, mostrándose ilesos ante esa vasta multitud, ni siquiera el olor a fuego había quedado en sus vestiduras. Fieles a su deber, habían sido a prueba de las llamas. Solo sus cadenas habían sido quemadas.

«Entonces Nabucodonosor habló y dijo: Bendito sea el Dios de Sadrac, Mesac y Abed-nego, que envió su ángel y libró a sus siervos que confiaron en Él, y que cambiaron la palabra del rey y entregaron sus cuerpos, para no servir ni adorar a ningún dios, excepto a su propio Dios.» (Daniel 3:28)

Un cambio se produjo en la multitud. La gran imagen de oro, erigida con tanta ostentación, fue olvidada. Los hombres temieron y temblaron ante el Dios viviente. El rey publicó un decreto de que cualquiera que hablara contra el Dios de los hebreos sería condenado a muerte,

«...porque no hay dios que pueda librar de esta manera.» (Daniel 3:29)

El verdadero principio cristiano no se detiene a sopesar las consecuencias. No pregunta:

«¿Qué pensará la gente de mí si hago esto?»

—o:

«¿Cómo afectará esto mis perspectivas mundanas si hago aquello?»

Con un solo propósito, los hijos de Dios desean saber qué quiere Él que hagan, para que sus obras le glorifiquen. El Señor ha hecho amplia provisión para que los corazones y las vidas de Sus seguidores sean controlados por la gracia divina, para que sean como luces ardientes y resplandecientes en el mundo.

Estos fieles hebreos poseían gran habilidad natural; habían disfrutado de la más alta cultura intelectual y ahora ocupaban posiciones de honor; pero no

olvidaron a Dios. Sus facultades fueron entregadas a la influencia santificadora de Su gracia. Por su íntegra firmeza, manifestaron las alabanzas de Aquel que los había llamado de las tinieblas a Su luz admirable.

En su maravillosa liberación se desplegaron, ante esa vasta asamblea, el poder y la majestad de Dios. Jesús estuvo a su lado en el horno ardiente, y la gloria de Su presencia convenció al orgulloso rey de Babilonia de que no podía ser otro que el Hijo de Dios.

La luz del cielo había estado brillando desde Daniel y sus compañeros, hasta que todos sus asociados comprendieron la fe que ennoblecía sus vidas y embellecía sus caracteres. Mediante la liberación de Sus fieles siervos, el Señor declara que tomará Su lugar con los oprimidos y derrocará todos los poderes terrenales que pisotearían la autoridad del Dios del cielo.

¡Qué lección se da aquí a los pusilánimes, a los vacilantes, a los cobardes en la causa de Dios! ¡Qué ánimo para aquellos que no se apartarán del deber por amenazas o peligro! Estos caracteres fieles y firmes ejemplifican la santificación, sin tener pensamiento de reclamar el alto honor.

La cantidad de bien que pueden lograr cristianos comparativamente oscuros pero devotos, no puede estimarse hasta que los registros de vida sean revelados, cuando el juicio se siente y los libros sean abiertos. Cristo identifica Su interés con esta clase;

«No se avergüenza de llamarlos hermanos.» (Hebreos 2:11)

Debería haber cientos, donde ahora hay uno entre nosotros, tan estrechamente aliados a Dios, sus vidas tan estrechamente conformadas a Su voluntad, que serían luces brillantes y resplandecientes, santificados por completo, en cuerpo, alma y espíritu.

El conflicto aún continúa entre los hijos de la luz y los hijos de las tinieblas. Aquellos que invocan el nombre de Cristo deben desechar la letargia que debilita sus esfuerzos y deben cumplir las trascendentales responsabilidades que recaen sobre ellos. Todos los que hacen esto pueden esperar que el poder de Dios se

revele en ellos. El Hijo de Dios, el Redentor del mundo, será representado en sus palabras y en sus obras, y el nombre de Dios será glorificado.

## 18. La Prueba del Sábado

Daniel y sus compañeros tenían una conciencia sin ofensa hacia Dios. Pero esto no se preservó sin una lucha. ¡Qué prueba afrontaron los tres asociados de Daniel cuando se les exigió adorar la gran imagen erigida por el rey Nabucodonosor en la llanura de Dura!

Los tres hebreos fueron llamados a confesar a Cristo frente al horno de fuego ardiente. Les costó algo hacer esto, porque sus vidas estaban en juego. Estos jóvenes, imbuídos del Espíritu Santo, declararon a todo el reino de Babilonia su fe: que Aquel a quien adoraban era el único Dios verdadero y viviente. La demostración de su fe en la llanura de Dura fue la presentación más elocuente de sus principios.

Las lecciones que podemos aprender de la lealtad de los cautivos hebreos hacia Dios y Su ley tienen una relación directa y vital con nuestra experiencia en estos últimos días. Tenemos una confesión que hacer diferente de la que hemos hecho; y tendremos que hacerla bajo circunstancias difíciles. Para impresionar a los ídólatras con el poder y la grandeza del Dios viviente, nosotros, como Sus siervos, debemos revelar nuestra propia reverencia por Dios. Debemos manifestar que Él es el único objeto de nuestra adoración y culto, y que ninguna consideración, ni siquiera la preservación de la vida, puede inducirnos a hacer la menor concesión a la idolatría.

La vanagloria y la opresión observadas en el curso seguido por el rey pagano Nabucodonosor se manifiestan y seguirán manifestándose en nuestros días. La historia se repetirá. En esta era, la prueba girará en torno a la observancia del sábado.

El universo celestial contempla a los hombres pisoteando la ley de Jehová, haciendo del memorial de Dios, la señal entre Él y Su pueblo guardador de mandamientos, algo de poca importancia, algo para ser despreciado, mientras un sábado rival es exaltado como lo fue la gran imagen de oro en la llanura de Dura. Hombres que se proclaman cristianos llamarán al mundo a observar este falso sábado que han creado. Todos los que se nieguen serán puestos bajo leyes

opresivas. Este es el misterio de iniquidad, la maquinación de las agencias satánicas, llevada a cabo por el hombre de pecado.

El pueblo de Dios no entrará en controversia con el mundo sobre este asunto. Simplemente tomarán la Palabra de Dios como su guía y mantendrán su lealtad a Aquel cuyos mandamientos guardan. Obedecerán las palabras de Jehová:

«Ciertamente mis sábados guardaréis: porque es señal entre mí y vosotros por vuestras generaciones; para que sepáis que yo soy Jehová que os santifico» (Éxodo 31:13)

«Guardaréis, pues, el sábado...» (Éxodo 31:14)

«...como pacto perpetuo» (Éxodo 31:16)

Cuando el sábado se convierta en el punto especial de controversia en toda la cristiandad, la persistente negativa de una pequeña minoría a ceder a la demanda popular los convertirá en objetos de execración universal. Se argumentará que los pocos que se oponen a una institución de la iglesia y a una ley del estado no deben ser tolerados; que es mejor que ellos sufran a que naciones enteras sean sumidas en la confusión y la anarquía.

Este argumento parecerá concluyente; y contra aquellos que santifican el sábado del cuarto mandamiento finalmente se emitirá un decreto, denunciándolos como merecedores del castigo más severo y dando a la gente libertad, después de cierto tiempo, para darles muerte. El catolicismo romano en el Viejo Mundo y el protestantismo apóstata en el Nuevo, seguirán un curso similar hacia aquellos que honran todos los preceptos divinos.

El tiempo de angustia y aflicción que tenemos ante nosotros requerirá una fe que pueda soportar el cansancio, la demora y el hambre, una fe que no desfallecerá, aunque sea severamente probada. Aquellos que ahora ejercen poca fe están en el mayor peligro de caer bajo el poder de los engaños satánicos y el decreto para coaccionar la conciencia. E incluso si soportan la prueba, se verán sumidos en una angustia y aflicción más profundas en el tiempo de angustia, porque no han adquirido el hábito de confiar en Dios. Las lecciones de fe que han descuidado, se verán obligados a aprenderlas bajo una terrible presión de desaliento.

Ahora debemos familiarizarnos con Dios probando Sus promesas. Los ángeles registran cada oración que es ferviente y sincera. Preferiríamos prescindir de las gratificaciones egoístas antes que descuidar la comunión con Dios. La pobreza más profunda, la mayor abnegación, con Su aprobación, es mejor que las riquezas, los honores, la comodidad y la amistad sin ella. Debemos tomarnos tiempo para orar. Los jóvenes no serían seducidos al pecado si se negaran a entrar en cualquier camino salvo aquel sobre el cual pudieran pedir la bendición de Dios.

Mis queridos jóvenes amigos, si son llamados a pasar por un horno de fuego por causa de Cristo, Jesús estará a su lado. A ustedes declara Él:

«Cuando pases por las aguas, yo estaré contigo; y por los ríos, no te anegarán; cuando andes por el fuego, no te quemarás, ni la llama arderá en ti» (Isaías 43:2)

Las amenazas de los hombres se vuelven insignificantes al lado de la palabra del Dios viviente. Sean leales y verdaderos, y el Dios que anduvo con los tres jóvenes hebreos en el horno de fuego, que se manifestó a Juan en la isla solitaria, estará con ustedes. Su presencia constante los consolará y sostendrá, y ustedes se darán cuenta del cumplimiento de la promesa:

«Si alguno me ama, guardará mi palabra; y mi Padre le amará, y vendremos a él, y haremos morada con él» (Juan 14:23)

«Y bendijo Dios al día séptimo, y lo santificó» (Génesis 2:3)

## 19. El Poder y Esplendor de Babilonia

Nabucodonosor fue el gobernante más grande de la época en que vivió. Ezequiel habló de él como...

### **Ezequiel 26**

«...rey de reyes» (Ezequiel 26:7),

–y profetizó que Dios le permitiría completar la destrucción de Jerusalén, y que porque los habitantes de...

«...la ciudad renombrada...» (Ezequiel 26:17)

«de Tiro [dirían] contra Jerusalén: «¡Ajá, quebrantada está la que era puerta de los pueblos; a mí se volvió; yo seré llena, ahora que está desierta!» (Ezequiel 26:2)

«Dios [traería] sobre Tiro a Nabucodonosor, rey de Babilonia (Ezequiel 26:7),

«el terrible de las naciones»<sup>4</sup>, quien haría de este lugar «en medio de los mares»<sup>5</sup>

«...una ciudad desolada» (Ezequiel 26:19),

«...que no sería edificada más» (Ezequiel 26:14).

El profeta declaró además:

### **Ezequiel 29**

«Nabucodonosor, rey de Babilonia, hizo que su ejército sirviera un gran servicio contra Tiro;...mas no tuvo salario, ni su ejército;...» (Ezequiel 29:18)

«Por tanto, así dice Jehová el Señor:...» (Ezequiel 29:19)

«Yo le he dado la tierra de Egipto por su trabajo con que sirvió contra ella, porque para mí trabajaron.» (Ezequiel 29:20)

La capital del imperio mundial de Nabucodonosor es mencionada por Isaías como:

### **Isaías 13**

«Babilonia, gloria de reinos, hermosura de la excelencia de los caldeos» (Isaías 13:19),

## **Isaías 14**

«...la ciudad de oro» (Isaías 14:4);

## **Isaías 47**

«...la señora de reinos» (Isaías 47:5);

–y por Jeremías como:

## **Jeremías 51**

«...la alabanza de toda la tierra» (Jeremías 51:41)

«...la que moras sobre muchas aguas, rica en tesoros» (Jeremías 51:13).

Jeremías también habla de...

«...los anchos muros de Babilonia...y sus altas puertas» (Jeremías 51:58);

–Isaías, de sus...

## **Isaías 45**

«...puertas de bronce» (Isaías 45:2).

Habacuc describe a los babilonios como:

## **Habacuc 1**

«...esa nación amarga y presurosa» (Habacuc 1:6),

«...terrible y espantosa» (Habacuc 1:7)...

«Sus caballos también son más ligeros que los leopardos, y más feroces que los lobos de la tarde.» (Habacuc 1:8)

Jeremías escribe en cuanto a los...

## **Jeremías 51**

«...hombres valientes de Babilonia.» (Jeremías 51:30)

Nabucodonosor fue un instrumento de los juicios de Dios.

## **Jeremías 27**

«Así dice Jehová:...» (Jeremías 27:4)

«Yo hice la tierra, el hombre y las bestias que están sobre la faz de la tierra, con mi gran poder y con mi brazo extendido, y la di a quien me plugo.» (Jeremías 27:5)

«Y ahora yo he entregado todas estas tierras en mano de Nabucodonosor rey de Babilonia, mi siervo; y aun las bestias del campo le he dado para que le sirvan.» (Jeremías 27:6)

«Y acontecerá que la nación y el reino que no sirviere a Nabucodonosor rey de Babilonia, y que no pusiere su cuello bajo el yugo del rey de Babilonia, a esa nación castigaré, dice Jehová, con espada y con hambre y con pestilencia, hasta que los haya consumido por su mano.» (Jeremías 27:8)

«Por tanto, no escuchéis vosotros a vuestros profetas, ni a vuestros adivinos, ni a vuestros soñadores, ni a vuestros agoreros, ni a vuestros hechiceros, que os hablan diciendo: No serviréis al rey de Babilonia;» (Jeremías 27:9)

«porque ellos os profetizan mentira, para alejaros de vuestra tierra y para que yo os eche, y perezcáis.» (Jeremías 27:10)

«Mas las naciones que trajeren su cuello bajo el yugo del rey de Babilonia y le sirvieren, a esas dejaré en su tierra, dice Jehová, y la labrarán y morarán en ella.» (Jeremías 27:11)

La visión de la gran imagen, en la que Babilonia fue representada como la cabeza de oro, fue dada a Nabucodonosor para que pudiera tener un claro entendimiento en cuanto al fin de todas las cosas terrenales, y también en cuanto al establecimiento del reino eterno de Dios.

Aunque en la interpretación se le declaró ser...

## **Daniel 2**

«...rey de reyes» (Daniel 2:37),

—esto fue porque...

«...el Dios del cielo le había dado reino, poder, fuerza y gloria.» (Daniel 2:37)

Su reino fue universal, extendiéndose...

«...dondequiera que habitan los hijos de los hombres» (Daniel 2:38),

–sin embargo, sería seguido por otros tres reinos universales, después de los cuales...

«...el Dios del cielo levantará un reino que no será jamás destruido.» (Daniel 2:44)

En la providencia de Dios, a Nabucodonosor se le dio una amplia oportunidad para atribuir al Señor la gloria por el esplendor de su reinado. Y por un tiempo después de la visión de la gran imagen, reconoció a Dios como supremo.

Volviendo a caer en hábitos idolátricos, fue nuevamente, por la liberación milagrosa de los tres hebreos del horno de fuego, llevado a reconocer que:

#### **Daniel 4**

«[El] reino [de Dios] es reino eterno, y su dominio de generación en generación.» (Daniel 4:3)

Pero una vez más el rey pervirtió las advertencias que Dios le había dado, y se apartó del camino de la humildad para seguir las imaginaciones de su corazón naturalmente orgulloso. Pensando que su reino debería ser más extenso y poderoso que cualquiera que le seguiría, hizo grandes adiciones a la ciudad de Babilonia, y se entregó a una vida de placer y auto-glorificación. De este tiempo él mismo dice:

«Yo, Nabucodonosor, estaba en reposo en mi casa, y floreciendo en mi palacio.» (Daniel 4:4)

---

<sup>4</sup> Ezequiel 28:7.

<sup>5</sup> Ezequiel 27:4.

## **20. El segundo sueño de Nabucodonosor**

Debido a que Nabucodonosor no continuó andando en la luz que había recibido del cielo, perdió las santas impresiones que se habían grabado en su mente. Pero Dios, en Su misericordia, le dio al rey otro sueño para salvarlo, si

fuera posible, de apropiarse para sí la gloria que pertenecía al Gobernante Supremo.

El sueño dado en esta ocasión al rey de Babilonia fue uno muy impactante. En una visión nocturna vio un gran árbol creciendo en medio de la tierra, elevándose hasta los cielos, y sus ramas extendiéndose hasta los confines de la tierra.

«Sus hojas eran hermosas y su fruto abundante, y en él había alimento para todos; debajo de él hallaban sombra las bestias del campo, y en sus ramas habitaban las aves del cielo, y de él se alimentaba toda carne.» (Daniel 4:12)

Mientras el rey contemplaba aquel árbol majestuoso, vio «un Vigilante», incluso «un Santo»<sup>6</sup> —un Mensajero divino, de apariencia similar a Aquel que caminó con los hebreos en el horno de fuego. Este Ser celestial se acercó al árbol y, con voz fuerte, clamó:

«Cortad el árbol y cercenad sus ramas, quitadle sus hojas y dispersad su fruto; que se aparten las bestias de debajo de él, y las aves de sus ramas. No obstante, dejad en la tierra el tronco de sus raíces, con ligadura de hierro y de bronce, en la hierba tierna del campo; y sea mojado con el rocío del cielo, y su porción sea con las bestias en la hierba de la tierra. Su corazón sea cambiado de corazón de hombre, y séale dado corazón de bestia, y pasen sobre él siete tiempos. La sentencia es por decreto de los vigilantes, y la demanda por dicho de los santos, para que sepan los vivientes que el Altísimo gobierna el reino de los hombres, y lo da a quien él quiere, y pone sobre él al más bajo de los hombres.» (Daniel 4:14-17)

El rey quedó grandemente turbado por este sueño. Evidentemente era una predicción de adversidad. Se lo repitió a los magos, los caldeos y los adivinos; pero, aunque el sueño era muy explícito, ninguno de los sabios intentó interpretarlo. Aquellos que ni amaban ni temían a Dios no podían entender los misterios del reino de los cielos. No podían acercarse al trono de Aquel que habita en luz inaccesible. Para ellos, las cosas de Dios debían permanecer como misterios. En esta nación idólatra, se dio nuevamente testimonio del hecho de que solo los siervos de Dios pueden entender los misterios de Dios.

En los primeros días del conocimiento del rey con Daniel, había descubierto que este hombre era el único que podía librarlo de la perplejidad; y ahora, en este

período posterior de su reinado, el rey recuerda a su fiel siervo de antaño —un siervo estimado por su integridad inquebrantable y su constante fidelidad. Nabucodonosor sabía que la sabiduría de Daniel era insuperable, y que ni él ni sus tres compañeros cautivos comprometieron jamás sus principios para asegurar una posición en la corte, o incluso para preservar la vida misma. Al resultar ineficaz la habilidad de sus sabios, el rey mandó llamar a Daniel para que interpretara el sueño. Dijo:<sup>7</sup>

«Miraba yo en mi visión de noche, y he aquí un árbol en medio de la tierra, y su altura era grande. Crecía este árbol, y se hacía fuerte, y su altura llegaba hasta el cielo, y se le veía desde todos los confines de la tierra. Sus hojas eran hermosas y su fruto abundante, y en él había alimento para todos; debajo de él hallaban sombra las bestias del campo, y en sus ramas habitaban las aves del cielo, y de él se alimentaba toda carne.» (Daniel 4:10-12)

«Veía yo en las visiones de mi cabeza estando en mi cama, y he aquí un vigilante y un santo descendían del cielo. Y clamó en alta voz y dijo así: Cortad el árbol y cercenad sus ramas, quitadle sus hojas y dispersad su fruto; que se aparten las bestias de debajo de él, y las aves de sus ramas. No obstante, dejad en la tierra el tronco de sus raíces, con ligadura de hierro y de bronce, en la hierba tierna del campo; y sea mojado con el rocío del cielo, y su porción sea con las bestias en la hierba de la tierra. Su corazón sea cambiado de corazón de hombre, y séale dado corazón de bestia, y pasen sobre él siete tiempos.» (Daniel 4:13-16)

«Este sueño yo, Nabucodonosor, he tenido. Y tú, Beltasar, di su interpretación, por cuanto todos los sabios de mi reino no han podido darme a conocer la interpretación; mas tú puedes, porque el espíritu de los dioses santos está en ti.» (Daniel 4:18)

El sueño y su significado llenaron a Daniel de asombro, y...

«...sus pensamientos lo turbaron.» (Daniel 4:19)

Pero fielmente le dijo al rey que el destino del árbol era emblemático de su propia caída; que perdería la razón y, abandonando las moradas de los hombres, encontraría un hogar con las bestias del campo, y que permanecería en esta condición durante siete años. Instó al orgulloso monarca a que se arrepintiera y se volviera a Dios, y que con buenas obras evitara la calamidad amenazante. Dijo:

«Por tanto, oh rey, que mi consejo te sea grato, y rompe con tus pecados por la justicia, y con tus iniquidades mostrando misericordia a los pobres; por si acaso, alargando tu tranquilidad.» (Daniel 4:27)

Si el rey hubiera atendido este consejo, el mal amenazante podría haberse evitado. Pero él continuó en orgullosa superioridad. Por un tiempo, se sintió impresionado por la advertencia que se le dio. Pero su corazón no cambió, y el corazón que no es completamente transformado por la gracia de Dios, pronto pierde la impresión hecha por el Espíritu Santo.

Nabucodonosor sentía que estaba arraigado en el corazón de sus súbditos, y su prosperidad lo tentó a hacer cosas injustas. Su gobierno, que en el pasado había sido, en gran medida, justo y misericordioso, ahora se volvió duro y opresivo. La razón que Dios le había dado fue utilizada para su propia glorificación.

Aproximadamente un año después de que el rey recibiera la advertencia, caminaba por su palacio, pensando en su poder como gobernante del reino más grande de la tierra. Y el rey habló y dijo:

«¿No es esta la gran Babilonia que yo he edificado para casa de mi reino con la fuerza de mi poder, y para la gloria de mi majestad?» (Daniel 4:30)

El Dios del cielo leyó el corazón del rey y escuchó sus susurros de autogratificación.

«Aún estaba la palabra en la boca del rey, cuando cayó una voz del cielo: A ti se te dice, rey Nabucodonosor: El reino ha sido quitado de ti. Y de entre los hombres te arrojarán, y con las bestias del campo será tu morada, y como a los bueyes te harán comer hierba, y siete tiempos pasarán sobre ti, hasta que reconozcas que el Altísimo gobierna el reino de los hombres, y lo da a quien él quiere.» (Daniel 4:31-32)

«En la misma hora se cumplió la palabra sobre Nabucodonosor:...» (Daniel 4:33)

En un momento su razón le fue quitada, y se volvió como una bestia.

«...y fue echado de entre los hombres, y comía hierba como los bueyes, y su cuerpo se mojaba con el rocío del cielo, hasta que su pelo creció como plumas de águila, y sus uñas como garras de aves.» (Daniel 4:33)

Durante siete años fue así degradado. Durante siete años fue un asombro para sus súbditos. Al cabo de este tiempo le fue restaurada la razón y, levantando con humildad sus ojos al Dios del cielo, reconoció la mano divina en su castigo. La transformación había llegado. El poderoso monarca se había convertido en el humilde hijo de Dios, obediente a Su voluntad. El déspota había sido transformado en el gobernante sabio y compasivo.

En una proclamación pública, Nabucodonosor reconoció su culpa y la gran misericordia de Dios en su restauración. El registro dice:

«Al cabo de los días, yo, Nabucodonosor, alcé mis ojos al cielo, y mi razón me fue devuelta; y bendije al Altísimo, y alabé y glorifiqué al que vive para siempre, cuyo dominio es sempiterno, y su reino por todas las edades. Todos los habitantes de la tierra son considerados como nada; y él hace según su voluntad en el ejército del cielo y entre los habitantes de la tierra, y no hay quien detenga su mano ni le diga: ¿Qué haces? En el mismo tiempo mi razón me fue devuelta, y la gloria de mi reino, mi dignidad y mi esplendor volvieron a mí; y mis consejeros y mis príncipes me buscaron, y fui restablecido en mi reino, y mucha más grandeza me fue añadida. Ahora yo, Nabucodonosor, alabo, engrandezco y glorifico al Rey del cielo, porque todas sus obras son verdad, y sus caminos juicio; y a los que andan con soberbia, él los puede humillar.» (Daniel 4:34-37)

La lección que el Señor quiere que toda la humanidad aprenda de la experiencia del rey de Babilonia es que a todos los que andan con soberbia, Él los puede humillar. Mediante una severa disciplina, Nabucodonosor tuvo que aprender la lección de que Dios, no el hombre, es el Gobernante, y que Su reino es un reino eterno.

Así también los hombres de hoy deben aprender que Dios es supremo. Cuando los hombres tienen éxito en la obra del Señor, es porque Dios les ha dado este éxito, no para su propia gloria, sino para la gloria de Dios. Quien busca robar un rayo de luz de la gloria del Señor descubrirá que será castigado por su presunción. David declara:

«Vi yo al impío sumamente enaltecido, y que se extendía como laurel verde. Pero pasó, y he aquí no estaba; lo busqué, y no fue hallado.» (Salmo 37:35-36)

Que un pueblo se jacte de su propia sabiduría, que exalte el yo y se entregue al orgullo, y el resultado seguramente seguirá. Tan seguro como el sol brilla de día, así de seguro...

«Delante de la destrucción va el orgullo, y delante de la caída el espíritu altivo.»  
(Proverbios 16:18)

Que una iglesia se vuelva orgullosa y jactanciosa, y esa iglesia será humillada. Que aquellos a cargo de cualquier institución se vuelvan presuntuosos, atribuyéndose el mérito del éxito que les ha llegado en ciertas áreas, que se gloríen en su sabiduría y su eficiencia, y ciertamente serán llevados a la humillación.

---

<sup>6</sup> Daniel 4:23.

<sup>7</sup> Nota del editor: la conclusión de este artículo en Youth's Instructor no fue publicada. He insertado los párrafos restantes de una Carta en Manuscript Releases, vol. 7, p. 66 (Carta 114, 1903, a "Los líderes de nuestra obra", 23 de mayo de 1903).

## 21. La Humillación de Nabucodonosor

Durante muchos meses después del sueño de Nabucodonosor acerca de su humillación, su posición permaneció inalterada. El juicio de Dios se demoró. El rey perdió la confianza en el sueño y lo consideró una ilusión. Más orgulloso y altivo que nunca, se burlaba de sus temores anteriores.

Aproximadamente un año después de que el rey hubiera recibido la advertencia divina, caminaba por su palacio, pensando con orgullo en su poder como gobernante del reino universal más grande, cuando exclamó:

«¿No es esta la gran Babilonia que yo he edificado para casa de mi reino con la fuerza de mi poder y para gloria de mi majestad?» (Daniel 4:30)

La orgullosa jactancia apenas había salido de sus labios cuando una voz del cielo le anunció que el tiempo señalado por Dios para el juicio había llegado. Sobre sus oídos cayó el mandato del Todopoderoso:

«¡Oh rey Nabucodonosor, a ti se te dice: El reino ha sido quitado de ti!

Y te echarán de entre los hombres, y con las bestias del campo será tu morada, y como a los bueyes te harán comer hierba, y siete tiempos pasarán sobre ti, hasta que sepas que el Altísimo gobierna en el reino de los hombres, y a quien Él quiere lo da.» (Daniel 4:31-32)

En un instante, la razón de Nabucodonosor le fue arrebatada, y fue puesto al mismo nivel que las bestias del campo.

«...fue echado de entre los hombres, y comía hierba como los bueyes, y su cuerpo se mojaba con el rocío del cielo, hasta que su pelo creció como plumas de águila, y sus uñas como garras de aves.» (Daniel 4:33)

Así como las bestias no tienen conocimiento de Dios y, por lo tanto, no reconocen Su soberanía, así Nabucodonosor había sido indiferente a Dios y a Sus misericordias. La prosperidad y la popularidad lo habían llevado a sentirse independiente de Dios y a usar para su propia gloria el talento de la razón que Dios le había confiado. Se le enviaron mensajes de advertencia, pero no los tomó en cuenta. El Vigilante celestial tomó conocimiento del espíritu y las acciones del

rey, y en un instante despojó al orgulloso jactancioso de todo lo que su Creador le había dado.

Nabucodonosor no aprovechó las advertencias que recibió. Solo a través de la más severa disciplina aprendió la lección de que el Señor, y no el hombre, es el gobernante, y que el reino de Dios perdura para siempre. Solo después de pasar por largos años de humillación el rey de Babilonia aprendió que no era su cetro, sino el cetro de Aquel cuyo reino es eterno, lo que ejercía el dominio supremo sobre los asuntos de las naciones.

El hombre puede enorgullecerse y jactarse de su poder, pero en un instante Dios puede reducirlo a la nada. Es obra de Satanás llevar a los hombres a glorificarse a sí mismos con los talentos que se les han confiado. Todo hombre a través de quien Dios trabaja tendrá que aprender que el Dios vivo, siempre presente, siempre activo, es supremo, y le ha prestado talentos para usar—un intelecto para originar; un corazón para ser el asiento de Su trono; afectos para fluir en bendición a todos con quienes entre en contacto; una conciencia a través de la cual el Espíritu Santo puede convencerle...

«...de pecado, de justicia y de juicio.» (Juan 16:8)

Dios es infinitamente santo, y Él aborrece toda especie de iniquidad. Él es grande en poder, y castigará a los más poderosos con los más depravados. Primero da a los transgresores advertencias repetidas con frecuencia.

Si el corazón se endurece, si se niega a prestar atención a las advertencias dadas y a aceptar los medios de salvación, Dios hará sentir a los hombres que, así como Él los ha exaltado y favorecido, así también Él tiene que ver con su derribamiento.

Cuando Dios ha abandonado a aquellos a quienes Él ha altamente favorecido, ningún poder terrenal puede prevalecer. Dios es longánime, no queriendo que ninguno perezca; pero Su paciencia tiene un límite, y cuando se sobrepasa ese límite, no hay segunda probación. Su ira se desatará, y Él destruirá sin remedio.

«El que, siendo reprendido a menudo, endurece su cuello, de repente será destruido, y eso sin remedio.» (Proverbios 29:1)



## 22. Autoexaltación

A partir del registro de la experiencia de Nabucodonosor podemos aprender cómo el Señor considera el espíritu de la autoexaltación. Si el rey babilonio hubiera atendido las advertencias de Dios con respecto a la autoexaltación, la humillación con la que fue amenazado podría haberse evitado; pero él continuó con orgullosa superioridad, usando los dones de Dios como propios para exaltarse a sí mismo, hasta que sintió la mano humillante del Todopoderoso.

No fue sino hasta que hubo pasado por siete años de vergüenza y sufrimiento que el rey aprendió que Dios es capaz de humillar a quienes andan en orgullo y autoexaltación.<sup>8</sup> La experiencia de Nabucodonosor es una advertencia para todos.

El Creador ha dado abundante evidencia de que Su poder es ilimitado, de que Él puede establecer reinos y derribar reinos. Él sostiene el mundo con la palabra de Su poder.<sup>9</sup> Él hizo la noche, organizando las estrellas brillantes en el firmamento.

«Él las llama a todas por su nombre» (Isaías 40:26)

«Los cielos cuentan la gloria de Dios, y el firmamento anuncia la obra de sus manos» (Salmos 19:1)

—mostrando al hombre que este pequeño mundo no es más que una insignificancia en la creación de Dios. Si cada miembro de la familia humana se negara a reconocerlo, diciendo:

«...No hay Dios» (Salmos 14:1)

—Él no carecería de súbditos que proclamaran Su poder.

Los habitantes de los mundos no caídos miran con piedad y reproche la soberbia y la autoimportancia del hombre. Los ricos y los honrados del mundo no son los únicos que se glorifican a sí mismos. Muchos que profesan reverenciar a Dios, hablan de su sabiduría y su poder. Actúan como si Dios estuviera en deuda con ellos, como si no pudiera llevar a cabo Su obra sin su ayuda.

Que tales miren los cielos estrellados, y con admiración y asombro estudien las maravillosas obras de Dios. Que piensen en la sabiduría que Él exhibe al

mantener un orden perfecto en el vasto universo, y en la poca razón que tiene el hombre para jactarse de sus logros.

Todo lo que el hombre tiene —vida, los medios de existencia, felicidad y otras innumerables bendiciones que le llegan día a día— proviene del Padre de arriba. El hombre es deudor de todo lo que orgullosamente reclama como suyo. Dios da Sus preciosos dones para que sean usados en Su servicio. Cada partícula de la gloria del éxito del hombre pertenece a Dios. Es Su sabiduría multiforme la que se despliega en las obras de los hombres, y a Él le pertenece la alabanza.

Cada momento la gracia del Señor se ejerce en favor de las agencias humanas. A menos que el Señor guarde el corazón, somos vencidos por el enemigo. Es Satanás quien pervierte las facultades del hombre y llena el corazón con pensamientos de autoexaltación.

Temer al Señor en santidad, caminar ante Él con contrición y humildad, es el único camino hacia la verdadera exaltación, para las naciones y para los individuos; mientras que caminar jactanciosamente y con orgullo, con presunción y transgresión, termina en rápida humillación, derrota y ruina.

Los hombres pueden olvidar, los hombres pueden negar su mal camino de acción, pero un registro de ello se guarda en el libro de la memoria, y en el gran día del juicio, a menos que los hombres se arrepientan y anden humildemente ante Dios, se encontrarán con este terrible registro tal como está. Si se arrepienten y mantienen el temor del Señor ante ellos, sus pecados serán borrados.

Dios es infinitamente misericordioso. Él espera que volvamos a Él por la humillación del corazón, la confesión y el arrepentimiento. Él tendrá misericordia de todos, y salvará a todos los que atesoran la contrición del alma. La renuncia a la autoconfianza prepara el camino para la verdadera fe en Dios.

En el momento en que los seres humanos renuncian a su egoísmo, codicia e idolatría, en ese momento Dios se convierte en su Ayudador omni-suficiente. En la plenitud infinita de Su gracia Él imparte, para el tiempo y para la eternidad, todo lo que se necesita para las almas y los cuerpos de aquellos que creen.

¡Oh, que aquellos sobre quienes ha estado brillando la luz en rica abundancia, lleguen a ser hombres y mujeres humildes y fieles! ¡Oh, que ellos, como el rey de Babilonia, eleven sus voces en reconocimiento de Dios, revelando que han vuelto en sí y que su corazón de piedra ha sido cambiado por un corazón de carne! Entonces podrían formar el gabinete de Dios, siendo hechos, en verdad, guardianes de sagradas responsabilidades.

Nabucodonosor, como un hombre salvaje, eleva sus ojos al Cielo (La Sainte Bible, 1789)

---

<sup>8</sup> Daniel 4:37.

<sup>9</sup> Hebreos 1:3.

## 23. La Restauración de Nabucodonosor

Durante siete años, Nabucodonosor, en su degradación, fue un asombro para todos sus súbditos. Durante siete años fue humillado ante el mundo, como castigo por atribuirse a sí mismo la gloria que pertenecía a Dios. Al final de este tiempo, su razón le fue restaurada. A través de su terrible humillación, fue llevado a ver su propia debilidad y a reconocer la supremacía de Dios.

En el libro de Daniel se presenta la confesión pública del rey sobre su restauración. Leemos:

### **Daniel 4**

«Al cabo de los días, yo, Nabucodonosor, alcé mis ojos al cielo, y me volvió la razón, y bendije al Altísimo, y alabé y glorifiqué al que vive para siempre, cuyo dominio es sempiterno, y su reino de generación en generación; Y todos los habitantes de la tierra son considerados como nada; y Él hace según su voluntad en el ejército del cielo, y entre los habitantes de la tierra, y nadie puede detener su mano, ni decirle: ¿Qué haces? En el mismo tiempo mi razón volvió a mí; y para la gloria de mi reino, mi honor y mi esplendor volvieron a mí; y mis consejeros y mis príncipes me buscaron; y fui restablecido en mi reino, y me fue añadida mayor majestad.» (Daniel 4:34-36)

El castigo que sobrevino al rey de Babilonia obró una reforma en su corazón y lo transformó en carácter. Ahora comprende el propósito de Dios al humillarlo. En este castigo reconoce la mano divina.

Antes de su humillación, era tiránico en su trato con los demás, pero ahora el monarca feroz y dominante se ha transformado en un gobernante sabio y compasivo. Antes de su humillación, desafió y blasfemó al Dios del cielo, pero ahora humildemente reconoce el poder del Altísimo, y busca sinceramente promover la felicidad de sus súbditos.

Por fin, bajo la reprensión de Dios, el rey había aprendido la lección que todos los reyes y gobernantes necesitan aprender: que la verdadera grandeza consiste en la bondad. Él reconoció a Jehová como el Dios viviente, diciendo:

«Venid, todos los que teméis a Dios, y os haré saber lo que Él ha hecho por mi alma. Ahora es mi deseo que todas las personas de mi reino aprendan lo que yo he aprendido, que el Dios a quien deben adorar no es una imagen de oro, sino Aquel que hizo los cielos y la tierra.»

«Ahora yo, Nabucodonosor, alabo, engrandezco y glorifico al Rey del cielo, porque todas sus obras son verdad, y sus caminos juicio; y a los que andan con soberbia, Él los puede humillar.» (Daniel 4:37)

Así, el rey sobre el trono babilónico se convirtió en un testigo para Dios, dando su testimonio, cálido y elocuente, desde un corazón agradecido que participaba de la misericordia y la gracia, la justicia y la paz de la naturaleza divina. El designio de Dios de que el reino más grande del mundo mostrara su alabanza, se había cumplido.

La proclamación pública en la que Nabucodonosor reconoció su culpa y la gran misericordia de Dios en su restauración, es el último acto de su vida según lo registrado en la Historia Sagrada.